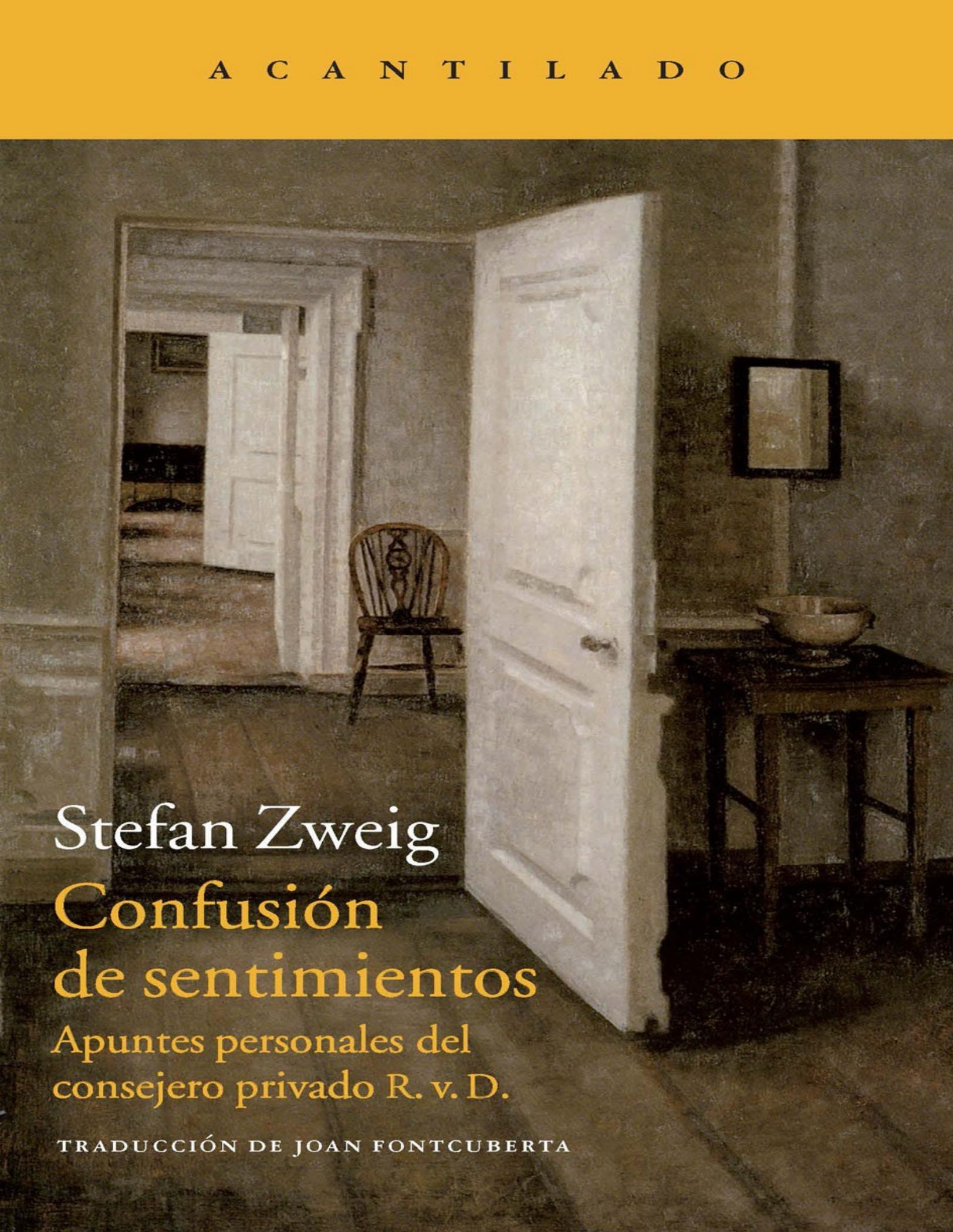


A C A N T I L A D O



Stefan Zweig
Confusión
de sentimientos

Apuntes personales del
consejero privado R. v. D.

TRADUCCIÓN DE JOAN FONTCUBERTA

CONFUSIÓN DE SENTIMIENTOS

APUNTES PERSONALES DEL CONSEJERO PRIVADO R.V. D

STEFAN ZWEIG

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JOAN FONTCUBERTA



ACANTILADO
BARCELONA 2020

TÍTULO ORIGINAL
Verwirrung der Gefühle

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1976 by Atrium Press Limited
© de la traducción, 2014 by Herederos de Joan Fontcuberta Gel
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17902-61-2

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL
marzo de 2020



Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro— incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

La intención era buena, la de mis estudiantes y colegas de la facultad: ahí está, elegantemente encuadernado y entregado con toda solemnidad, el primer ejemplar de la miscelánea que los filólogos me han dedicado con motivo de mi sexagésimo cumpleaños y de mis treinta años de actividad académica. Se ha convertido en una auténtica biografía; no falta ni uno solo de mis artículos por breve que sea, ninguno de mis discursos, ninguna pequeña reseña en algún anuario erudito que no haya sido arrancada con celo bibliográfico de la tumba del papel: toda mi carrera, expuesta con claridad y esmero, paso a paso, cual escalera bien limpia, está ahí reconstruida hasta el momento actual. Ciertamente sería un desagradecido si no me complaciera esa escrupulosidad conmovedora. Todo cuanto creía vivido y perdido en mi vida se reúne con orden y método en ese cuadro: no, no puedo negar que, ya anciano, contemplo esas páginas con el mismo orgullo con el que antaño los estudiantes consideraban el certificado de sus profesores que por primera vez daba fe de su aptitud para la ciencia y su voluntad de trabajo.

Sin embargo, una vez hube dejado las doscientas esmeradas páginas y observado con detalle ese reflejo intelectual de mí mismo, no pude menos que sonreír. ¿Era realmente mi vida? ¿Ascendía realmente en espirales con una determinación tan placentera desde la primera hora hasta hoy, tal como el biógrafo la dibujaba disponiéndola en estratos con la ayuda de documentos escritos? Tuve la impresión de que por primera vez oía mi propia voz hablando desde un gramófono: al principio no la reconocí; sin duda era mi voz, pero tal como la percibían los demás y no como yo la oía, como a través de mi sangre y en el caparazón interior de mi ser. Y así yo, que había dedicado una vida a describir a gente a partir de sus obras y a dar una dimensión real a las estructuras espirituales de su mundo, descubrí de nuevo, precisamente por experiencia propia, cuán inescrutable permanece en cada destino el núcleo esencial del ser, la célula motriz que da origen a todo crecimiento. Vivimos miríadas de segundos y, sin embargo, es uno solo, siempre uno, el que pone en ebullición todo nuestro mundo interior, es el segundo en que (Stendhal lo ha descrito) la flor interior, saturada ya de todos los jugos, llega como un relámpago a la cristalización: un segundo mágico, parecido al de la procreación y, como él, oculto en el cálido interior de la vida propia, invisible, impalpable, imperceptible, misterio vivido una sola vez. Ningún álgebra del espíritu puede calcularlo, ninguna alquimia del presentimiento puede adivinarlo, y raras veces lo capta la percepción de uno mismo.

Este libro no dice una sola palabra del secreto de mi iniciación a la vida intelectual: por eso no pude menos que sonreír. Es cierto todo lo que contiene, sólo falta lo esencial. Me describe, pero no me expone. Habla simplemente de mí, pero no revela quién soy. Doscientos nombres abarca ese registro cuidadosamente confeccionado, pero falta uno del que emana todo impulso creador, el nombre del hombre que decidió mi destino y que ahora con redoblada fuerza me obliga a evocar mi juventud. Habla de todos, pero no de aquel que me dio el lenguaje y con cuyo aliento hablo: y de pronto me siento culpable de este silencio cobarde. Durante toda la vida he trazado retratos de hombres, he despertado figuras de siglos anteriores y las he presentado a la sensibilidad actual, y nunca he pensado precisamente en el que está más presente en mí. Por ello, como en tiempos homéricos, quiero darle de beber, a la amada sombra, mi propia sangre, para que me hable de nuevo y para que él, al que la edad se ha llevado hace tiempo, me acompañe, a mí que

ya envejezco. Quiero añadir a las publicadas una página pasada en silencio, acompañar el libro erudito con una confesión de los sentimientos y contarme a mí mismo, por amor a él, la verdad de mi juventud.

Una vez más, antes de empezar, hojeo ese libro que pretende representar mi juventud. Y de nuevo no puedo menos de sonreír. Porque ¿cómo querían acercarse al verdadero interior de mi ser eligiendo una entrada equivocada? ¡Por de pronto su primer paso ha sido en falso! He aquí a un compañero de clase bien intencionado, actualmente consejero privado como yo, que se inventa que ya en el instituto un amor apasionado por las Humanidades me distinguía de los demás colegiales. ¡Tienes mala memoria, querido consejero! Para mí las humanidades clásicas eran difíciles de soportar, una obligación que me hacía rechinar los dientes y echar espumarajos. Precisamente porque, hijo del director, siempre veía la cultura en aquella pequeña ciudad del norte de Alemania profesada como un medio de sustento hasta en la mesa y en el salón, aborrecí toda filología desde la infancia: la naturaleza, de acuerdo con su cometido místico de preservar el espíritu creador, produce al niño angustia y desdén por las inclinaciones del padre. No quiere una herencia cómoda y sin vigor, una mera continuación y repetición de una generación a otra: de entrada siempre establece un contraste entre las personas del mismo tipo y, sólo después de un fatigoso y fructífero rodeo, permite a los descendientes el acceso al camino de los mayores. Bastaba que mi padre considerara sagrada la ciencia para que mi Yo la viera como un juego de fútiles sutilezas; ya que él ensalzaba a los clásicos como modelos, a mí me parecían didácticos y por ello odiosos. Rodeado de libros por todas partes, aborrecía los libros; impulsado por mi padre hacia las cosas del espíritu, me rebelaba contra toda forma de cultura transmitida por escrito; no es pues de extrañar que a duras penas me sacara el bachillerato y luego rechazara con vehemencia continuar los estudios. Yo quería ser oficial, marino o ingeniero. La verdad es que por ninguna de esas carreras sentía una vocación imperiosa. Únicamente la aversión a los papelotes y al didactismo de la ciencia me llevaba a preferir una actividad práctica a la académica. Sin embargo, mi padre, con su veneración fanática por todo lo universitario, insistía en que tuviera una formación académica y sólo por agotamiento conseguí que, en lugar de la filología clásica, me permitiera escoger la inglesa (solución híbrida que finalmente acepté con la secreta idea de poder acceder después más fácilmente, gracias a esta lengua marítima, a la carrera de marino que tan ardientemente deseaba).

Nada es pues más falso en este *curriculum vitae* que la amistosa afirmación de que, tras mi primer semestre en Berlín, y gracias a la guía de meritisimos profesores, había adquirido los fundamentos de la ciencia filológica. ¡Qué sabía entonces mi pasión por la libertad, impetuosa y desbocada, de cursos y profesores! En mi primera, y fugaz, visita a un aula, el aire viciado, la disertación monótona como la de un pastor y a la vez expuesta con gran prosopopeya, me agobiaron con tal cansancio que tuve que esforzarme para no apoyar la cabeza en el banco y caer dormido. Era de nuevo la escuela de la que creía por fortuna haber escapado, parecía como si hubiera arrastrado conmigo el mismo aula, con su tarima elevada y las nimiedades de una crítica pedantesca: sin querer, tuve la impresión de que era arena lo que se escurría de los labios apenas abiertos del profesor, tan gastadas y monótonas eran las palabras del zarrapastroso cuaderno de clase que se desparramaban en el aire espeso. La sospecha ya perceptible para el colegial de haber ido a parar a un depósito de cadáveres del espíritu, donde manos insensibles manoseaban los muertos para diseccionarlos, se reavivaba espantosamente en aquel laboratorio de un

alexandrinismo pasado de moda hacía mucho tiempo, y cuán intenso se volvía ese instinto de defensa tan pronto como salía de la hora de clase penosamente soportada a las calles de la ciudad, en aquella Berlín de entonces que, sorprendido ante su propio crecimiento, rebosando una virilidad demasiado bruscamente adquirida, hacía brotar su electricidad de todas las piedras y calles e imponía irresistiblemente a todo el mundo un ritmo de febriles latidos que con su avidez se parecía enormemente a la embriaguez de mi propia virilidad, de la cual acababa de tomar conciencia. Ella y yo, surgidos de pronto de un mundo pequeñoburgués, ordenado y limitado por el protestantismo, entregados precozmente a un nuevo tumulto de poder y de posibilidades, ambos, la ciudad y yo, un muchacho que salía al mundo, vibrábamos de agitación e impaciencia como una dinamo. Nunca como entonces comprendí y amé tanto Berlín, pues, al igual que en esa cálida y rebosante colmena humana, cada célula de mi ser aspiraba a un súbito acrecentamiento. La impaciencia de una juventud fuerte, ¿dónde habría podido descargarse mejor que en el regazo cálido y palpitante de esa mujer gigantesca, en esa ciudad impaciente y desbordante de fuerza? Me atrajo de golpe, me sumergí en ella, descendí hasta sus venas, mi curiosidad recorrió apresurada todo su cuerpo de piedra y, sin embargo, caliente: desde la mañana hasta la noche deambulé por las calles, llegué hasta los lagos, rastree todos sus escondrijos. Era una verdadera obsesión la que me llevaba, en lugar de a ocuparme de los estudios, a lanzarme a esas aventuras de exploración de la vida. Pero en este exceso yo sólo obedecía a una particularidad de mi naturaleza: ya desde niño, incapaz de prestar atención a varias cosas a la vez, me volvía automáticamente insensible a cualquier otra actividad que no fuera la que me ocupaba en aquel momento; siempre y en todas partes sentía ese impulso que me empujaba hacia delante en una sola línea, y todavía hoy, cuando trabajo, suelo lanzarme a abordar tan fanáticamente un problema que no lo dejo antes de sentir en los dientes los últimos vestigios de su tuétano.

En aquel Berlín de entonces el sentimiento de libertad se convirtió para mí en una embriaguez tan fuerte que ya no soportaba la claustrofobia pasajera de las clases magistrales, ni siquiera el encierro en mi propia habitación: todo lo que no me aportaba aventura me parecía una pérdida de tiempo. Y el joven y todavía imberbe provinciano recién soltado del ronزال se encabritaba con bravura para darse aires viriles: frecuenté una asociación de estudiantes, traté de conferir a mi modo de ser (tímido por naturaleza) un impulso arrogante, brioso y ladino, apenas al cabo de ocho días de mi iniciación me las daba ya de habitante de la gran ciudad y de la Gran Alemania, aprendí como un verdadero *miles gloriosus* y con una rapidez asombrosa a repantigarme groseramente en los rincones de los cafés. En este capítulo de la virilidad entran también, por supuesto, las mujeres, o mejor dicho las hembras, como las llamábamos en nuestra jactancia estudiantil, y cabe decir a este respecto que yo era un joven particularmente guapo. Espigado, esbelto, con la pátina del bronceado del mar todavía en las mejillas, flexible y atlético en cada movimiento, lo tenía fácil frente a los pálidos horteras de tez macilenta, desecados como arenques por el aire viciado de las tiendas, que como nosotros todos los domingos iban a la caza del botín en los salones de baile de Halensee y Hundekühle (en aquella época todavía muy a las afueras de la ciudad). Tan pronto era una criada de Mecklenburg, rubia pajiza, con una piel blanca como la leche, a la que, todavía acalorado por el baile, me llevaba a mi habitación poco antes de terminar su día libre, como una joven judía de Posen, atarantada y nerviosa, que vendía medias en Tietz: presas fáciles en general que pronto pasaban a manos de los compañeros. Pero en esta inesperada facilidad de conquistas se escondía para mí, ayer todavía un colegial miedoso, una sorpresa delirante: los éxitos fáciles acrecentaron mi osadía, y poco a poco fui considerando la calle sólo

como terreno de caza para esas aventuras fortuitas, como un mero deporte. Y así un día que seguía a una bella muchacha llegué a Unter den Linden y, por puro azar, delante de la universidad, no pude dejar de reír al pensar en cuánto tiempo hacía que no había puesto el pie en aquel respetable umbral. Por pura jactancia entré con un amigo de la misma ralea; empujamos ligeramente la puerta y vimos (escena increíblemente ridícula) ciento cincuenta espaldas inclinadas sobre los bancos, igual que chupatintas, que parecían recitar las letanías que salmodiaba una barba blanca. Cerré de nuevo la puerta, dejando fluir por las espaldas de los aplicados estudiantes el riachuelo de aquella gris elocuencia, y con arrogancia mi compañero y yo salimos a grandes zancadas a la soleada avenida. A veces pienso que nunca un joven disipó más tontamente el tiempo que yo en aquellos meses. No leí ni un solo libro, estoy seguro de no haber dicho una sola palabra inteligente ni de haber tenido un verdadero pensamiento. Por instinto evitaba toda vida social culta, sólo para sentir con más fuerza en mi cuerpo recién despertado el sabor picante de lo nuevo y de lo hasta entonces prohibido. Ahora bien, puede ser que esa embriaguez de la propia savia, de esa furia contra uno mismo por perder el tiempo, forme parte en cierto modo de una juventud fuerte que de pronto se libera, sin embargo mi particular obsesión hacía peligrosa esta clase de dejadez, y lo más probable era que me convirtiera en un completo holgazán o, como mínimo, cayera en una abulia de sentimientos, si una casualidad no hubiera amortiguado de repente mi caída interior.

Dicha casualidad—hoy la considero feliz y la agradezco—consistió en el hecho de que mi padre fue llamado de improviso por un día a una conferencia de directores en el ministerio. Como pedagogo profesional aprovechó la ocasión para tratar de averiguar, sin avisar de su llegada, algo de mi comportamiento y cogermelo desprevenido. Ese asalto imprevisto le dio un resultado excelente. Como casi siempre, aquella tarde en mi modesta habitación al norte de la ciudad—se entraba por la cocina de la propietaria, tras una cortina—tenía a una muchacha de visita muy íntima cuando oí llamar a la puerta. Creyendo que era un colega, respondí con un gruñido de mal humor: «¡No estoy para visitas!» Pero después de una breve pausa se repitieron los golpes en la puerta, una vez, dos veces y luego, con una impaciencia bien perceptible, tres. Furioso me puse los pantalones con la intención de mandar a paseo con cajas destempladas al impertinente y así, con la camisa desabrochada, los tirantes colgando, los pies desnudos, abrí la puerta violentamente para reconocer en el acto como un puñetazo en la sien, en la oscuridad del vestíbulo, la silueta de mi padre. De su rostro apenas percibí en la sombra algo más que los cristales de sus gafas con reflejos centelleantes. Pero aquella silueta bastó para que el insulto que tenía preparado se me quedara atascado en la garganta como una espina que se me atragantase: por un instante estuve como aturdido. Después—¡un segundo atroz!—tuve que pedirle sumisamente que esperara unos minutos en la cocina hasta que hubiera arreglado la habitación. Como he dicho, no vi su cara, pero noté que él comprendía. Lo noté en su silencio, en la manera contenida en que, sin tenderme la mano, entró en la cocina, tras la cortina, con un gesto de repulsión. Y allí, frente al hornillo de hierro que olía a café recalentado y a nabos, el anciano tuvo que esperar de pie diez minutos, diez minutos humillantes tanto para mí como para él, hasta que saqué a la muchacha de la cama, la apremié a vestirse y la acompañé fuera, pasando por delante de mi padre, que lo oyó todo muy a su pesar. Debió oír los pasos de la chica y cómo los pliegues de la cortina crujían por la corriente de aire en su veloz desaparición; y ni así pude hacer salir al viejo de su degradante escondite: primero tuve que disimular el desorden demasiado elocuente de la cama. Sólo entonces—nunca en la vida me había sentido tan avergonzado—me presenté ante él.

Mi padre mantuvo la compostura en esa embarazosa situación, todavía hoy le estoy

agradecido. Porque cada vez que pienso en él, fallecido hace tiempo, me niego a verlo desde la perspectiva del colegial que gustaba de menospreciarlo como una simple máquina de corregir, como un pedante censor impertérrito, obsesionado por la escrupulosidad, sino que siempre evoco aquella imagen suya en aquel momento, el más humano que tuvo, en que el viejo, profundamente asqueado y sin embargo dominándose, entró tras de mí sin proferir palabra en la sofocante atmósfera de la habitación. Llevaba el sombrero y los guantes en la mano: mecánicamente iba a desembarazarse de ellos, pero al acto hizo un gesto de asco, como si le repugnara que una parte de su cuerpo tocara aquella inmundicia. Le ofrecí una silla; él no respondió, con un movimiento de desdén se limitó a rechazar cualquier contacto con los objetos de aquella estancia.

Tras unos momentos glaciales, de pie y desviando la vista, finalmente se quitó las gafas y las limpió detenidamente, cosa que en él, yo lo sabía, denotaba turbación; tampoco se me escapó el modo como el anciano, cuando se las colocó de nuevo, se pasó el dorso de la mano por los ojos. Se avergonzaba en mi presencia y yo me avergonzaba en la suya; ninguno de los dos encontraba las palabras. Secretamente yo temía que me echara un sermón, un discurso hecho de bellas palabras en aquel tono gutural que desde la escuela yo aborrecía y escarnecía. Pero el anciano—y todavía hoy le estoy agradecido—permaneció mudo y evitó mirarme. Finalmente fue hacia la tambaleante estantería donde estaban mis libros de estudio, la abrió y una primera ojeada le bastó para convencerle de que no los había tocado y descubrir que la mayoría tenían las páginas sin cortar.

—¡Tus cuadernos de clase!—fueron sus primeras palabras. Obedeciendo la orden se los di temblando, pues sabía que las notas tomadas en taquigrafía correspondían a una sola hora de clase. Recorrió las dos páginas volviéndolas con un brusco movimiento y dejó el cuaderno sobre la mesa sin la menor señal de irritación. Después acercó una silla, se sentó, me miró seriamente, pero sin ningún reproche, y me preguntó—: A ver, ¿qué piensas de todo esto? ¿Qué saldrá de aquí en definitiva?

Esta pregunta, formulada tranquilamente, me dejó clavado. Hasta aquel momento yo había estado como un flan: si me hubiera reprendido, yo habría arremetido con arrogancia; si me hubiera amonestado apelando a los sentimientos, me habría burlado de él. Pero aquella pregunta neutra desarmó mis defensas: su seriedad exigía seriedad, su calma forzada exigía respeto y buena disposición de ánimo. Apenas me atrevo a recordar lo que respondí, como tampoco la conversación entera que siguió quiere hoy obedecer a la pluma: hay estremecimientos súbitos, una especie de desbordamiento interior que, al contarlo, probablemente suena sentimental, ciertas palabras que son del todo verdad sólo una vez, en la intimidad, brotando de un tumulto inesperado de los sentimientos. Fue la única conversación verdadera que mantuve con mi padre y no tuve reparo en humillarme voluntariamente: dejé en sus manos la decisión a tomar. Pero él sólo me dio el consejo de abandonar Berlín y estudiar el semestre siguiente en una pequeña universidad; estaba convencido, dijo a modo de consuelo, de que en adelante recuperaría con entusiasmo el tiempo perdido. Su confianza me conmovió; en ese preciso instante sentí cuán injusto había sido a lo largo de mi juventud con aquel anciano parapetado tras un frío formalismo. Tuve que morderme los labios con fuerza para impedir que brotaran lágrimas ardientes de mis ojos. Pero él debió de sentir algo parecido, porque de repente me tendió la mano, la mantuvo tendida un momento temblando y salió precipitadamente. No me atreví a seguirlo, me quedé quieto, intranquilo y desconcertado y me limpié la sangre de los labios con el pañuelo: tanta había sido la fuerza con la que había hundido los dientes en ellos para dominar mis emociones.

Fue la primera conmoción que sufrí, a los diecinueve años: sin siquiera la insinuación de una palabra fuerte echó abajo todo el pomposo castillo de naipes que había levantado en tres meses, un castillo hecho de prurito de hombría, de desfachatez estudiantil y de altanería. Provocado en lo más íntimo de mi voluntad, me sentí lo bastante fuerte para renunciar a todos los placeres menores, me invadió la impaciencia de probar en el terreno del espíritu mis fuerzas hasta entonces desperdiciadas, un deseo impetuoso de seriedad, de sobriedad, de disciplina y rigidez. En aquella época me consagré por entero al estudio como por un voto monástico, ignorando realmente la tremenda embriaguez que la ciencia me reservaba y sin sospechar que también en el mundo elevado del espíritu la aventura y el peligro están al alcance del hombre impetuoso.

La pequeña ciudad de provincias que de acuerdo con mi padre escogí para el semestre siguiente estaba situada en el centro de Alemania. Su gran fama académica contrastaba visiblemente con el pequeño grupo de casas que rodeaban el edificio de la universidad. Preguntando por el camino, no me costó mucho llegar al Alma Mater desde la estación, donde primero dejé el equipaje, y también dentro del vasto y antiguo edificio noté enseguida con qué rapidez se formaba aquí el círculo de conocidos en contraste con aquel palomar de Berlín. En dos horas pasé el trámite de la inscripción y visité a la mayoría de profesores, únicamente no conseguí ver al titular de la cátedra, el profesor de filología inglesa, pero me indicaron que podría encontrarlo hacia las cuatro de la tarde en el seminario.

Llevado por esa impaciencia de no perder un minuto y tan ansioso ahora de toparme con la ciencia como antes de evitarla, me encontré—después de un fugaz recorrido por la pequeña ciudad, adormecida si la comparaba con Berlín—a las cuatro en punto en el lugar señalado. El bedel me indicó la puerta del seminario. Llamé con los nudillos y, como me pareció que una voz respondía, entré.

Pero había oído mal. Nadie me había dicho que entrara, y el sonido indistinto que había percibido era simplemente la voz alta, sostenida en una enérgica disertación, del profesor que, frente a un círculo de unas dos docenas de estudiantes, sentados en un grupo compacto y muy pegados a él, pronunciaba una alocución visiblemente improvisada. Incómodo por haber entrado sin permiso por culpa de mi mal oído, quise escabullirme fuera sin hacer ruido, pero temía precisamente con ello llamar la atención, pues hasta el momento ninguno de los oyentes había notado mi presencia. De modo que me quedé cerca de la puerta y sin quererlo me vi obligado a escuchar.

La charla parecía el resultado espontáneo de un coloquio o de un debate, por lo menos es lo que se desprendía de la disposición informal y completamente fortuita del profesor y los estudiantes: no estaba sentado en actitud doctoral en su cátedra creando así distancia, sino en una de las mesas, con una pierna que colgaba ligeramente, en una postura casi campechana, y a su alrededor se agrupaban los jóvenes en posiciones en absoluto premeditadas, una indolencia natural que, debida sin duda al interés que prestaban, recordaba la inmovilidad de las estatuas. Se adivinaba que al principio debieron de haber estado de pie hablando juntos, cuando de pronto el profesor se encaramó a la mesa y, desde esta posición elevada, los atrajo hacia él como con un lazo para inmovilizarlos fascinados por su palabra. Y bastaron unos minutos para que yo mismo, olvidando mi intrusión, sintiera la fuerza cautivadora de su disertación que actuaba con un poder magnético; sin querer me acerqué un poco más para ver, más allá de las palabras, los gestos de sus manos que envolvían y abrazaban y a veces, cuando una palabra prorrumpía majestuosa, se extendían como alas y se elevaban temblorosas para después descender musicalmente poco a poco

imitando el gesto tranquilizador de un director de orquesta. Y el discurso se hacía cada vez más ardiente a medida que aquel hombre alado se elevaba rítmicamente de la dura mesa como de la grupa de un caballo al galope y sin aliento perseguía el vuelo impetuoso de sus pensamientos fustigados por fulgurantes imágenes. Nunca hasta entonces había oído hablar a un hombre de una manera tan entusiasta y realmente cautivadora; por primera vez experimenté lo que los latinos llamaban *raptus*, ese sentirse transportado por encima de uno mismo: no era para él ni para los demás para quienes hablaban aquellos labios arrebatados, sino que arrojaban el fuego interior de un hombre inflamado.

Nunca había visto nada parecido, un discurso que era un éxtasis, la pasión de una charla como fenómeno elemental, y lo inesperado del hecho me obligó a acercarme como impulsado por un tirón irresistible. Sin darme cuenta de que me movía, hipnóticamente atraído por una fuerza más poderosa que la curiosidad, con pasos lánguidos como los de un sonámbulo, me sentí empujado como por arte de magia hacia el estrecho círculo: sin darme cuenta me encontré de repente en medio, a un palmo del profesor y entre los demás, demasiado fascinados para percatarse de mí o de cualquier otra cosa. Entré en la corriente del discurso, arrastrado por su fuerza, sin saber cuál era su origen: por lo visto uno de los estudiantes había ponderado a Shakespeare como un fenómeno meteórico, y esta observación incitó al hombre sentado en la mesa a demostrar que aquel poeta no fue sino la expresión suprema, el testimonio espiritual de toda una generación, la expresión sensible de una época apasionada. De un solo trazo dibujó aquella hora prodigiosa de Inglaterra, aquel segundo único de éxtasis, como el que surge de improviso en la vida de cada pueblo al igual que en la de cada hombre, concentrando todas las fuerzas en un poderoso impulso hacia lo eterno. De repente la tierra se había ensanchado, se había descubierto un nuevo continente, mientras el poder más antiguo del viejo continente, el papado, amenazaba con derrumbarse: tras los mares que ahora pertenecían a los ingleses desde que el viento y las olas destruyeran la Armada Invencible, surgieron con ímpetu atronador nuevas posibilidades. El mundo se ha hecho más vasto y automáticamente el alma se tensa para igualarlo, también ella quiere ser vasta, también ella quiere penetrar en las profundidades extremas del bien y del mal; quiere descubrir y conquistar, como aquellos conquistadores; necesita una nueva lengua, una nueva fuerza. Y de la noche a la mañana surgen los que hablan esta lengua, los poetas: cincuenta, cien en una década, compañeros indómitos y libres que no cultivan los jardines de Arcadia ni versifican una mitología selecta como los poetastros cortesanos que los precedieron, sino que asaltan los teatros, montan su campo de batalla en esos páramos donde antes sólo abundaban los animales de caza y los juegos más sanguinarios, y el olor de la sangre caliente está todavía en sus obras, su mismo drama es un *circus maximus* en el que las bestias salvajes de los sentimientos se embisten famélicas unas a otras. El furor de estos corazones apasionados se desata como el de los leones, cada uno quiere sobrepasar al otro en ferocidad y exaltación, todo se le consiente a la descripción, todo le está permitido: incesto, asesinato, fechoría, crimen; el tumulto desmedido de todo lo humano celebra su ardorosa orgía; así como antes las bestias hambrientas se precipitaban fuera de su prisión, así también ahora las pasiones ebrias se arrojan rugientes y peligrosas a la arena cerrada con estacas. Un único estallido explota como un petardo y dura cincuenta años, un vómito de sangre, una eyaculación, un salvajismo único que agarra y despedaza al mundo entero: apenas se distingue la voz y la figura individuales en esa orgía de fuerzas. Uno se inflama con el otro, cada uno aprende y roba del otro, cada uno lucha para superar y aventajar al otro, y sin embargo todos ellos no son sino gladiadores espirituales de una fiesta, esclavos desencadenados que el

genio de la hora azota y azuza hacia delante. Los saca de los cuchitriles turbios y oscuros de los suburbios, así como de los palacios: Ben Jonson, nieto de albañil; Marlowe, hijo de zapatero; Massinger, retoño de un ayuda de cámara; Philip Sydney, rico y sabio hombre de Estado, pero el torbellino de fuego los arrastra a todos juntos; hoy son celebrados, mañana revientan; Kyd, Heywood, hundidos en la más profunda miseria, mueren de hambre como Spencer en King Street, todos llevan una vida fuera de lo normal, son pendencieros, frecuentan a prostitutas, son comediantes, tramposos, pero poetas, poetas, poetas lo son todos. Shakespeare es sólo su centro, *the very age and body of the time*, pero no tienen tiempo para separarlo de los otros, tan impetuoso es este tumulto, con tanta exuberancia las obras brotan una en la otra, tan embrollada es la madeja de las pasiones. Y de repente, en medio de sacudidas como las alas en ascenso, esa erupción de la humanidad, la más espléndida, se desploma, el drama llega a su fin, Inglaterra está agotada y durante cientos de años la niebla gris y húmeda del Támesis pesa lúgubre de nuevo sobre el espíritu: en una sola arremetida toda una generación ha escalado todas las cimas de la pasión y ha descendido a sus abismos, ha escupido del pecho ardiente su alma exuberante y loca. Ahora el país está allí, cansado y exhausto; un puritanismo quisquilloso cierra los teatros y pone fin así al discurso apasionado, la Biblia vuelve a tomar la palabra, la palabra divina, allí donde la más humana de las palabras había hecho la confesión más fervorosa y donde una única generación llevada por su ardor había vivido de una sola vez por miles de otras.

Y con un brusco giro, el fuego cegador del discurso se dirigió de improviso hacia nosotros:

—¿Comprendéis ahora por qué no he empezado la clase según el orden cronológico, por el principio, con el rey Arturo y Chaucer, sino con los isabelinos, en contra de todas las reglas? ¿Y comprendéis que ante todo os pido que os familiaricéis con ellos, que os habituéis a esta suprema tenacidad de vivir? Pues no hay comprensión filológica sin experiencia de la vida, ninguna palabra meramente gramatical sin conocimiento de los valores, y vosotros, jóvenes, debéis ver primero en su más alta forma de belleza, en la poderosa forma de su juventud, de su pasión más extrema, un país y una lengua a los que queráis conquistar. Primero debéis oír la lengua de boca de los poetas, en ellos, que la crean y la perfeccionan, debéis sentir la poesía respirar y vivir en vuestros corazones antes de que empecemos a diseccionarla. Por eso empiezo siempre por los dioses, pues Inglaterra es Isabel, es Shakespeare y los shakespearianos, todo lo anterior es preparación, todo lo posterior es una pobre imitación de este único e intrépido salto hacia el infinito. Pero vosotros, jóvenes, sentid, sentid aquí la juventud más viva de nuestro mundo. A un fenómeno, a un hombre, siempre se le reconoce sólo por su llama, por su pasión. Porque todo espíritu nace de la sangre, todo pensamiento brota de la pasión, toda pasión del entusiasmo. ¡He aquí por qué son primero Shakespeare y los suyos los que os hacen realmente jóvenes! ¡Primero el entusiasmo, después el celo en el trabajo; primero Él, el Sublime, el Supremo Shakespeare, ese espléndido compendio del mundo, antes que el estudio de la palabra!

»Y ahora basta por hoy. Adiós—dijo arqueando la mano en un gesto de conclusión y marcando así, imperiosa e inesperadamente, el final del tiempo, a la vez que saltaba de la mesa. Como deshecha por una sacudida, la madeja de estudiantes apretados uno contra otro se dispersó de golpe, las sillas crujieron con estrépito y las mesas retrocedieron, veinte gargantas cerradas empezaron a hablar a la vez, a carraspear, a respirar a grandes bocanadas; entonces se vio lo magnético que había sido el hechizo que cerraba todos aquellos labios palpitantes. Más agitado y descomedido se hizo entonces el barullo en la estrecha sala; algunos estudiantes se acercaron al profesor para darle las gracias o decirle algo, mientras otros, con el rostro encendido,

intercambiaban impresiones, pero ninguno estaba impasible, ninguno había quedado inmune a la tensión eléctrica, cuyo contacto había sido bruscamente cortado y cuyos efluvios y fuego parecían todavía crepitar en la atmósfera cargada.

En cuanto a mí, no podía moverme: era como si me hubieran alcanzado en el corazón. Apasionado y capaz de comprenderlo todo sólo apasionadamente, con el ímpetu de todos mis sentidos, me había sentido por primera vez conquistado por un profesor, por un hombre, había sentido una fuerza superior ante la que era un deber y un placer inclinarse. La sangre me ardía en las venas, lo notaba, la respiración se me aceleraba, hasta en mis entrañas palpitaba este ritmo frenético y tiraba con impaciencia de mis articulaciones. Finalmente cedí y avancé poco a poco hasta la primera fila para ver el rostro de aquel hombre, pues—¡cosa extraña!—mientras hablaba no había observado sus rasgos, hasta tal punto estaban fundidos, disueltos, en el discurso. Tampoco entonces pude al principio captar más que un perfil indistinto: estaba de pie, vuelto a medias hacia un estudiante, poniéndole familiarmente la mano en el hombro, a contraluz de la ventana. Pero incluso este movimiento fugaz tenía una cordialidad y un atractivo que yo nunca hubiera creído posible en un pedagogo.

Entretanto algunos estudiantes habían reparado en mí y, para no pasar por un intruso, di unos cuantos pasos hacia el profesor y esperé que terminara la conversación. Entonces pude contemplar su rostro sin ningún impedimento: una cabeza de romano, con una frente de mármol abombada y las sienas lustrosas pobladas de mechones de cabellos blancos peinados hacia atrás; una figura alta e imponente de factura intelectual, pero bajo las oscuras sombras alrededor de los ojos su aspecto se ablandaba rápidamente, se tornaba casi femenino por la redondez lisa del mentón y el labio inquieto alrededor del cual aleteaban los nervios ora en una sonrisa, ora en un desgarro de turbación. Lo que confería a la frente su belleza varonil, la blanda plasticidad de la carne lo disolvía en las mejillas un tanto flojas y una boca inestable; imponente y autoritario visto de lejos, de cerca su semblante parecía presa de una penosa tensión. También su porte revelaba una dualidad análoga. Su mano izquierda reposaba indolente sobre la mesa o al menos lo parecía, pues pequeños temblores vibraban sin cesar sobre los nudillos y los delgados dedos, demasiado delicados para una mano de hombre, un poco demasiado muelles, dibujaban impacientes figuras invisibles sobre la madera desnuda de la mesa, mientras sus ojos recubiertos de pesados párpados miraban hacia abajo mostrando interés por la conversación. ¿Estaba inquieto o la emoción vibraba todavía en sus nervios agitados? En cualquier caso, la desazón indomable de la mano contradecía la atención tranquila y expectante de su rostro que, fatigado y sin embargo deferente, parecía sumido en la conversación con el estudiante.

Finalmente me llegó el turno, me acerqué, dije mi nombre y di a conocer mi propósito, y enseguida se iluminó la estrella de sus ojos al dirigir hacia mí sus pupilas de brillo casi azul. Durante dos o tres segundos de interrogación, ese brillo recorrió todo mi rostro, desde el mentón hasta el cuero cabelludo: es probable que me sonrojara bajo ese examen benignamente inquisidor, pues él respondió a mi turbación con una pronta sonrisa:

—¿Así que quiere matricularse en mi curso? Para ello tendremos que hablar más extensamente. Perdone que no lo hagamos de inmediato. Ahora tengo todavía que despachar algunos asuntos. Podría esperarme abajo, delante del portal, y acompañarme luego a casa.

Y diciendo esto me tendió la mano, una mano fina y delicada, que se posó en mis dedos más ligera que un guante, el rostro vuelto ya afablemente al siguiente de la cola.

Diez minutos aguardé delante del portal con el corazón palpitante. ¿Qué decir, si me

preguntaba por mis estudios? ¿Cómo confesarle que nunca me había ocupado de nada literario en mi trabajo ni en mis horas de ocio? ¿No me menospreciaría o no me excluiría de antemano de aquel círculo de fuego que hoy mágicamente me había abrazado? Pero apenas se me acercó con paso ligero y una afable sonrisa, su presencia disipó toda mi turbación e incluso, sin que me apremiara, confesé (incapaz de disimular ante él) que había desaprovechado lamentablemente mi primer semestre. De nuevo me envolvió aquella mirada suya de cálida simpatía.

—También la pausa forma parte de la música—dijo sonriendo para animarme y, evidentemente para que no me avergonzara de mi ignorancia, se limitó a interrogarme sobre cosas personales, mi tierra natal y el lugar donde pensaba alojarme. Cuando le dije que hasta el momento no había encontrado habitación, me ofreció su ayuda y me aconsejó que primero me informara en su propia casa, donde una anciana medio sorda alquilaba una agradable habitacioncita con la que varios estudiantes suyos habían quedado ya antes satisfechos. Y del resto se ocuparía él mismo: si era mi intención tomarme realmente en serio los estudios, consideraba que su primer deber era el de serme útil en todos los aspectos. Llegados delante de su casa, me tendió de nuevo la mano y me invitó a visitarlo al día siguiente por la tarde a fin de elaborar juntos un plan de estudios. Tan grande fue mi gratitud por la inesperada bondad de aquel hombre que sólo pude rozar respetuosamente su mano y quitarme el sombrero, desconcertado, olvidando darle las gracias con palabras.

Por supuesto enseguida alquilé la pequeña habitación en aquella casa. No habría dejado de tomarla aunque no me hubiera gustado, y esto sólo a causa de la impresión, ingenua y agradecida, de encontrarme espacialmente más cerca de aquel profesor mago que en una hora me había dado más que todos los demás. Pero la habitación era encantadora: era la buhardilla situada encima de la vivienda del profesor, un poco oscura por el frontispicio de madera que la tapaba, y desde la ventana ofrecía una espaciosa panorámica sobre los tejados vecinos y el campanario; a lo lejos se vislumbraba un cuadrado de verdor y, encima, las nubes, las amadas nubes de mi tierra. Una viejecita sorda como una tapia se ocupaba con un conmovedor celo maternal de los pupilos del momento; en dos minutos me puse de acuerdo con ella y una hora más tarde mi maleta chirriaba ya subiendo la crujiente escalera de madera.

Aquella tarde ya no salí, incluso me olvidé de comer y de fumar. Lo primero que saqué de la maleta fue el Shakespeare que por casualidad había metido dentro, impaciente por leerlo (por primera vez desde hacía años); la clase del profesor había despertado apasionadamente mi curiosidad, y leí la obra del poeta como nunca la había leído. ¿Puede explicarse semejante transformación? Pero de golpe se abrió a mis ojos un mundo en aquel texto; las palabras acudieron palpitantes a mí como si me hubieran buscado desde hacía siglos; el verso corrió como una ola de fuego, arrastrándome con él y penetrando hasta lo más profundo de mis venas, de modo que sentí en las sienas el raro vértigo de quien sueña que vuela. Me estremecí, temblé, sentí que la sangre corría más caliente dentro de mí, una especie de fiebre me inundó: nada de esto me había sucedido antes y, sin embargo, mi única experiencia había sido escuchar un discurso apasionado. Pero a buen seguro la embriaguez de aquel discurso persistía todavía en mí; al repetir una línea en voz alta, oía cómo mi voz imitaba inconscientemente la suya, las frases fluían con el mismo ritmo impetuoso y mis manos ansiaban como las suyas elevarse formando un arco. Como por arte de magia, en una hora había perforado el muro que hasta aquel momento me separaba del mundo del espíritu y descubrí en mí, el apasionado, una nueva pasión que me ha sido fiel hasta hoy: el placer

de disfrutar de todo lo terrenal en la palabra inspirada. Por casualidad tropecé con el *Coriolano* y fui presa de una especie de torbellino cuando descubrí en mí todos los elementos de este hombre, el más singular de todos los romanos: orgullo, arrogancia, ira, sarcasmo, mofa, toda la sal, todo el plomo, todo el oro, todos los metales del sentimiento. ¡Qué placer descubrir, comprender, de golpe y mágicamente, todo eso! Leí y leí hasta que los ojos me empezaron a arder. Cuando miré el reloj, señalaba las tres y media. Casi asustado ante esta nueva fuerza que durante seis horas había estimulado y a la vez aturdido todos mis sentidos, apagué la luz. Pero en mi interior las imágenes continuaban ardiendo y centelleando, apenas pude dormir con la espera y el anhelo del día siguiente, que me ensancharía el mundo que tan mágicamente se me había abierto y al que quería hacer enteramente mío.

Pero la mañana siguiente me trajo una decepción. Impaciente, fui uno de los primeros en acudir al aula donde mi maestro (pues así lo llamaré en adelante) debía dar su clase sobre fonética inglesa. Ya cuando entró, sentí miedo, pues ¿era éste el mismo hombre de ayer o eran sólo mi excitación y mi recuerdo lo que lo habían convertido en un Coriolano inflamado que en el Foro esgrimía la palabra como un rayo, intrépido como un héroe, sometiendo y dominando? Quien entró en la sala con paso quedo y arrastrado era un hombre viejo y cansado. Como si se hubiera quitado de la cara una pantalla opaca y luminosa, me apercibí ahora, desde la primera fila, de los rasgos macilentos y casi enfermizos, surcados por profundas arrugas y amplias grietas; sombras azules cruzaban como arroyos el gris lánguido de las mejillas. Unos párpados demasiado pesados empañaban sus ojos mientras daba la clase y la boca de labios demasiado pálidos y estrechos no prestaba timbre alguno a sus palabras: ¿dónde estaba su alegría, el entusiasmo que desbordaba de júbilo? Incluso la voz me pareció extraña, como desencantada por el tema de gramática que exponía, avanzaba rígida por una arena seca y crujiente con pasos monótonos y fatigosos.

La inquietud se apoderó de mí. No era en absoluto el hombre al que esperaba desde la primera hora de la mañana: ¿dónde se ocultaba su rostro, que ayer me iluminaba como un astro? Aquí, un profesor consumido devanaba mecánica y fríamente el tema de su clase; yo escuchaba con temor creciente el contenido de sus palabras esperando que se repitiera el tono de la víspera, aquella cálida vibración que me había asido el alma como una mano sonora y la había templado hasta llevarla a la pasión. Mi mirada se posó en él cada vez más inquieta, palpando llena de decepción aquel semblante vuelto extraño: el rostro, sin duda, era el mismo, pero como vacío, desprovisto de todas las fuerzas creadoras, cansado, viejo, como la máscara apergaminada de un anciano. Pero ¿tal cosa era posible? ¿Podía un hombre ser joven una hora y dejar de serlo a la siguiente? ¿Había tal suerte de efervescencias del espíritu que de repente transformaran el rostro tanto como la palabra y lo rejuvenecieran unas decenas de años?

La pregunta me atormentaba. Me quemaba las entrañas como la sed de saber más de aquel hombre dual. Y obedeciendo una súbita inspiración, apenas él hubo abandonado la cátedra pasando por delante de nosotros sin mirarnos, corrí a la biblioteca y pedí sus libros. Tal vez hoy estuviera simplemente cansado y su ímpetu se viera apagado por una indisposición física, pero aquí, consignado en forma de documento duradero, debería encontrar la entrada y la llave de su singular y absorbente personalidad. El bibliotecario me trajo los libros: me sorprendió que fueran tan pocos. ¿O sea que en veinte años aquel hombre ya envejecido no había publicado más que una serie exigua de libritos sueltos, introducciones, prólogos, una disertación sobre la autenticidad del *Pericles* de Shakespeare, una comparación entre Hölderlin y Shelley (en una época, por cierto, en

la que ninguno de los dos era considerado un genio por su pueblo) y, por lo demás, sólo bagatelas filológicas? Es verdad que en todos sus escritos se anunciaba una obra en diez volúmenes que estaba en preparación: *Historia del teatro Globe, su descripción, sus autores*, pero, a pesar de que el anuncio databa de veinte años atrás, el bibliotecario me confirmó, a instancias mías, que nunca había sido publicada. Un tanto vacilante y ya medio descorazonado hojeé los escritos llevado por el anhelo de encontrar de nuevo en ellos la voz fragorosa, el ritmo impetuoso. Pero los escritos avanzaban a un paso de constante gravedad, en ninguna parte vibraba el ritmo marcado con ardor de aquel discurso delirante que saltaba por encima de las palabras como la ola encima de la ola. ¡Lástima!, suspiró algo dentro de mí. Me hubiera golpeado a mí mismo, tanto temblaba de cólera y de desconfianza hacia mi sentimiento demasiado pronto y demasiado crédulamente entregado a aquel hombre.

Pero por la tarde en el seminario lo reconocí. Esta vez al principio no habló él. Siguiendo la costumbre de los *colleges* ingleses, dos docenas de estudiantes estaban repartidos en dos grupos de debate, uno a favor y otro en contra: el tema procedía de nuevo de su amado Shakespeare, a saber: si en *Troilo y Crésida* (su obra preferida) debía considerarse a los personajes como figuras de parodia, y la obra misma como una comedia satírica o una tragedia enmascarada de ironía. La discusión puramente intelectual, atizada por su hábil mano, pronto se encendió cargada de electricidad. Contundentes argumentos saltaban contra afirmaciones flojas, agudos y penetrantes gritos de interrupción estimulaban el ardor del debate, hasta el punto que aquellos jóvenes se acometían casi con hostilidad. Sólo entonces, cuando empezaron a saltar chispas, el profesor intervino bruscamente, apaciguó los ánimos demasiado acalorados y hábilmente llevó de nuevo el tema de debate, pero imprimiéndole al mismo tiempo, con un movimiento disimulado, un fuerte impulso intelectual que lo llevó hasta el infinito; y así, de repente, estuvo en el centro de ese juego de llamas dialéctico, él mismo lleno de una alegre excitación, aguijoneando y moderando a la vez la pelea de gallos de las opiniones, maestro de esa ola encrespada de entusiasmo juvenil y él mismo arrastrado por ella. Apoyado en la mesa, los brazos cruzados sobre el pecho, paseaba la vista de uno a otro, sonreía a éste, animaba a replicar con una discreta señal a aquél, y sus ojos brillaban con ardor como ayer: noté que tenía que dominarse para no arrebatarles a todos la palabra de la boca de un solo golpe. Pero se contuvo con violencia, lo vi en sus manos, que se apretaban cada vez con más fuerza contra el pecho como las duelas de un tonel, lo adiviné por las temblorosas comisuras de los labios que apenas podían contener la palabra ya palpitante. Y de pronto no pudo aguantar más, se zambulló como un nadador delirante en la discusión: con un enérgico gesto de su mano tendida cortó el tumulto como con una batuta. Todos enmudecieron en el acto, y entonces él resumió todos los argumentos a su manera conciliadora. Mientras hablaba, reapareció el rostro de la víspera, las arrugas desaparecieron tras el voluble juego de los nervios, su cuello y su figura se enderezaron en un gesto resuelto y dominador y, abandonando su postura agachada de escucha, se lanzó en el discurso como en un torrente. La improvisación lo arrastró: entonces empecé a comprender que, frío y temperado, cuando estaba solo, en una clase teórica o en su solitario gabinete, estaba desprovisto de aquella materia inflamable que aquí, en nuestro grupo apretujado, fascinado y sin aliento, derribaba su barrera interior; necesitaba (¡oh, cómo lo notaba yo!) nuestro entusiasmo para alcanzar el suyo, nuestra mente receptiva para sus efusiones intelectuales, nuestra juventud para su entusiasmo juvenil. Al igual que un cimbalista se embriaga con el ritmo cada vez más frenético de sus briosas manos, también su discurso era cada vez mejor, más inflamado, más policromo, más ardientes se tornaban sus palabras, y cuanto más profundo era

nuestro silencio (sin querer percibíamos en la sala nuestra respiración contenida), tanto más su exposición se elevaba como un himno y más cautivadora se volvía. Y en estos momentos todos le pertenecíamos, a él solo, completamente transportados y embriagados por esa exaltación.

Y de nuevo, cuando terminó de repente con un pasaje del discurso de Goethe sobre Shakespeare, nuestra excitación se desvaneció bruscamente. Y de nuevo como en la víspera, se apoyó exhausto en la mesa, el semblante pálido, pero todavía surcado por pequeños temblores y estremecimientos de los nervios y en la mirada brillaba extrañamente la voluptuosidad de la efusión todavía viva como la de la mujer que acaba de desasirse de un poderoso abrazo. Ahora sentía recelo de hablar con él, pero casualmente su mirada me encontró. Y sin duda sintió mi entusiasmada gratitud, pues me sonrió amigablemente y se inclinó ligeramente hacia mí y, con la mano alrededor de mi hombro, me recordó que debía ir a verle aquella tarde, tal como habíamos convenido.

A las siete en punto estaba en su casa. ¡Con qué temblor crucé por primera vez yo, un muchacho, aquel umbral! Nada es más apasionado que la veneración de un adolescente, nada es más tímido ni más femenino que su inquieto pudor. Me condujeron a su gabinete, una habitación semioscura en la que, a través de los cristales de las estanterías, primero sólo vi los lomos policromos de multitud de libros. Encima del escritorio colgaba *La escuela de Atenas* de Rafael, un cuadro que, como me declaró más tarde, quería especialmente, porque todas las disciplinas, todas las manifestaciones del espíritu se unían en él simbólicamente en una síntesis perfecta. Lo vi por primera vez: sin querer, creí descubrir en el rostro obstinado de Sócrates un parecido con la frente del profesor. Detrás brillaba algo parecido al mármol blanco, una bella reducción del busto del *Ganimedes* de París, junto con el *San Sebastián* de un antiguo maestro alemán, belleza trágica colocada sin duda no por azar al lado de una belleza voluptuosa. Esperé con el corazón palpitante, mudo y con la respiración contenida como todas aquellas obras de arte, noblemente silenciosas, que me rodeaban; de esas cosas me hablaba simbólicamente un nuevo género de belleza espiritual que nunca había sospechado y que todavía no comprendía del todo, aunque ya me sentía dispuesto a acogerla fraternalmente. Pero poco duró la contemplación, pues entonces entró aquel a quien esperaba y vino hacia mí; de nuevo se posó en mí aquella blanda mirada envolvente que quemaba como un fuego oculto y que, para mi sorpresa, derretía lo más secreto en mí. Enseguida le hablé con toda libertad como a un amigo, y cuando él me preguntó por mis estudios en Berlín, de pronto sentí la imperiosa necesidad—y al instante me asusté—de contarle la visita de mi padre y confirmé a aquel extraño la secreta promesa de consagrarme al estudio con la seriedad más absoluta. Me miró emocionado.

—No sólo con seriedad, mi joven amigo—dijo luego—. Sobre todo con pasión. Quien no es apasionado, en el mejor de los casos llega a ser un pedagogo. Hay que abordar las cosas desde dentro, siempre, siempre desde la pasión.

Su voz se volvía cada vez más cálida, y la habitación cada vez más oscura. Me contó muchas cosas de su propia juventud, por ejemplo que también él había empezado locamente y sólo más tarde descubrió su auténtica vocación. Que fuera valiente, dijo, y que me ayudaría en todo lo que estuviera en su mano. Que acudiera a él sin el menor reparo para cualquier pregunta o deseo que le quisiera formular. Nadie en toda mi vida me había hablado con tanto interés y tanta comprensión. Temblaba de gratitud y me alegré de que la oscuridad ocultara mis ojos humedecidos.

Habría podido permanecer allí durante horas, olvidado del tiempo, cuando llamaron

suavemente. La puerta se abrió, entró una pequeña figura, como una sombra. Él se levantó y me la presentó:

—Mi mujer.

La esbelta sombra se acercó casi imperceptible, puso su delgada mano en la mía y luego, vuelta hacia él, anunció:

—La cena está servida.

—Sí, sí, ya sé—se apresuró a responder el profesor un poco molesto (o eso al menos me pareció). Algo frío había penetrado de pronto en su voz, y cuando la luz eléctrica alumbró, volvió a ser el hombre envejecido de la austera aula y, con ademán indolente, me despidió.

Pasé las dos semanas siguientes presa de un furor apasionado por leer y aprender. Casi nunca salía de la habitación, comía de pie para no perder tiempo, estudiaba sin tregua, sin pausa, casi sin dormir. Me ocurría lo que a aquel príncipe de cuento de hadas oriental que, rompiendo uno tras otro los sellos de las puertas cerradas, encuentra montones cada vez más grandes de joyas y piedras preciosas y explora cada vez con más avidez toda la hilera de estancias, impaciente por llegar a la última. Asimismo me precipitaba de un libro al otro, embriagado de cada uno, pero nunca saciado de ninguno: mi desenfreno había pasado ahora al terreno del espíritu. Había tenido un primer barrunto de la inmensidad intrincada del mundo intelectual, tan seductor para mí como lo había sido la vida de aventuras de las ciudades, pero al mismo tiempo experimenté el miedo pueril a no poder dominarlo; y así economicé en sueño, en placeres, en conversaciones, en toda forma de distracción, sólo para aprovechar el tiempo, cuyo valor comprendía ahora por primera vez. Pero lo que inflamaba sobre todo mi celo era el orgullo de salir airoso delante de mi maestro, de no defraudar su confianza, de arrancarle una sonrisa de aprobación y me apreciara como yo lo apreciaba. La menor ocasión me servía de prueba; espoleaba sin cesar mis sentidos, torpes todavía, pero ya notablemente despiertos, para impresionarlo, para sorprenderlo: si en clase mencionaba a un escritor cuya obra me era desconocida, por la tarde me lanzaba a su búsqueda para, al día siguiente, poder alardear de mis conocimientos en el transcurso del debate. Un deseo suyo expresado por azar y apenas advertido por los demás, se transformaba en una orden para mí: bastaba una observación lanzada al buen tuntún contra el eterno tabaquismo de los estudiantes, para que inmediatamente yo arrojara el cigarrillo encendido y de golpe reprimiera para siempre el hábito así censurado. Como palabra del evangelista, la suya era para mí gracia y ley; siempre al acecho, mi atención tensa al máximo captaba ávidamente cada una de sus observaciones esparcidas aquí y allá con aparente indiferencia. Me apropiaba con avaricia de cada una de sus palabras, de cada uno de sus gestos, y en casa palpaba y guardaba apasionadamente el botín con todos mis sentidos; y así como en él veía únicamente al guía, mi apasionamiento intolerante consideraba a todos los compañeros sólo como enemigos a los que mi voluntad envidiosa se juraba todos los días superar y vencer.

¿Se daba cuenta de lo que él significaba para mí o había tomado afecto a ese arrebatado de mí ser? Sea como fuere, el maestro pronto me distinguió de una manera especial con un interés manifiesto. Me aconsejaba las lecturas, me ponía a mí, el novicio, casi injustamente delante de todos en los debates colectivos y a menudo, por la noche, me autorizaba a conversar con él en privado. Entonces solía sacar uno de sus libros y, con aquella voz sonora que con la emoción se hacía más clara y fuerte, me leía fragmentos de poemas o tragedias o me explicaba cuestiones controvertidas. En aquellas dos semanas de embriaguez aprendí más sobre la esencia del arte que

en los diecinueve años anteriores. Siempre estábamos solos en esas horas para mí demasiado cortas. Hacia las ocho su mujer llamaba a la puerta para anunciar la cena. Pero nunca entró en el gabinete, evidentemente obedeciendo la orden de no interrumpir nuestro coloquio.

Así pasaron quince días de inicios de verano pletóricos y calurosos, cuando una mañana la actividad se rompió en mí como un muelle demasiado tenso. Poco antes mi maestro ya me había advertido de que no llevara al extremo mi celo en el trabajo, que lo interrumpiera un día de vez en cuando y saliera al aire libre. Ahora de repente la predicción se había cumplido: me despertaba abúlico de un sueño aletargado, las letras bailaban ante mí como cabezas de alfileres tan pronto como intentaba leer. Fiel como un esclavo, incluso a la más insignificante palabra de mi maestro, decidí de inmediato obedecerlo e intercalar un día de libertad y de asueto entre los días ávidos de cultura. Salí por la mañana, visité por primera vez la ciudad, antigua en parte, subí los centenares de peldaños del campanario sólo para distender los miembros y descubrir desde la balastrada un pequeño lago rodeado de verdor. Como norteño que era y ribereño, amaba apasionadamente la natación y precisamente allí, en lo alto del campanario, que los prados salpicaban con sus destellos como un paisaje de estanques verdes, me sobrecogió de repente un deseo irresistible, como llevado por el viento de mi tierra, de zambullirme en el querido elemento. Y después del almuerzo, apenas hube descubierto el establecimiento de baños y braceado en el agua, mi cuerpo volvió a sentirse bien y en forma, los músculos de mis miembros recuperaron una fuerza de extensión y una elasticidad como no había conocido desde hacía semanas; el sol y el viento sobre mi piel desnuda me convirtieron de nuevo, en el lapso de media hora, en el muchacho impetuoso de antes que andaba a la greña con sus compañeros y arriesgaba su vida en acciones temerarias; totalmente dado a chapotear y sacudirme el agua, no sabía nada de libros ni de ciencia. Entregado de nuevo, con aquella pertinacia tan mía, a la pasión de la que me había visto privado largo tiempo, pasé dos horas revolviéndome en el elemento reencontrado; treinta veces quizá salté del trampolín para descargar en la caída la exuberancia de energía; dos veces atravesé el lago y ni así se agotó mi fogosidad. Resoplando y vibrando con todos los músculos tensos, busqué a mi alrededor alguna otra prueba nueva, impaciente por hacer algo fuerte, temerario y petulante.

Entonces al otro lado, en los baños de las mujeres, el trampolín se cimbreado y sentí temblar todo el maderamen con el impulso de un salto potente. Y una esbelta figura de mujer, a la que la curva del salto había dado la forma de media luna de acero, como una cimitarra, se elevó y luego se sumergió de cabeza. Por un momento la zambullida abrió un remolino que salpicó y levantó una gran espuma blanca; luego la tersa figura emergió de nuevo y con brazadas enérgicas se dirigió a la isla que había en medio del lago. «¡Seguirla! ¡Alcanzarla!» La pasión por el deporte me tensó los músculos, me lancé al agua de golpe y de espaldas nadé tras sus pasos acelerando cada vez más el ritmo. Pero la nadadora perseguida, al darse cuenta de la persecución y deportista como era, aprovechó valientemente su ventaja, dio la vuelta con destreza delante de la isla y regresó a toda velocidad. Yo, adivinando al instante su intención, me lancé también a la derecha y nadé con tanta fuerza que mi mano, extendida hacia delante, llegaba ya a su estela; ya sólo nos separaba un palmo. Entonces la perseguida, astuta y resuelta, se zambulló de nuevo para reaparecer poco después detrás de la barrera que separaba la sección de las mujeres, prohibiéndome así continuar la persecución. La vencedora subió la escalera chorreando agua: tuvo que detenerse un momento, con la mano contra el pecho, era evidente que le faltaba el aliento, pero luego se volvió y, cuando me vio detenido en la frontera, me miró y se rio triunfante enseñando sus blancos dientes. No pude

observar detenidamente su rostro bajo el gorro de baño a causa del brillante sol, sólo su risa resplandecía irónica y luminosa en dirección al vencido.

Me disgusté y me alegré a la vez. Por primera vez desde Berlín había sentido sobre mí la mirada aprobadora de una mujer: ¿quizás era un guiño? Con tres brazadas recorrí la distancia hasta los baños de los hombres y me puse prestamente la ropa sobre la piel todavía mojada sólo para poderla esperar a la salida. Tuve que permanecer al acecho diez minutos, tras los cuales mi traviesa vencedora—imposible no reconocer sus delgadas formas de adolescente—salió con paso ligero y lo aceleró al verme esperándola, con la manifiesta intención de impedir que la abordara. Corría con unos músculos tan ágiles como antes nadando, todas las articulaciones obedecían con nervio a aquel cuerpo delgado de efebo, quizás demasiado delgado. Tuve que esforzarme de veras para atraparla jadeando, sin llamar la atención. Al fin lo conseguí: en un recodo del camino la adelanté con un hábil movimiento en diagonal, levanté muy en alto el sombrero a la manera de los estudiantes y, aun antes de estar frente a ella, le pregunté si podía acompañarla. Ella me lanzó de reojo una mirada burlona y, sin frenar el impetuoso ritmo de su marcha, me respondió con ironía casi provocadora:

—Si para usted no voy demasiado rápido, por qué no. Tengo mucha prisa.

Animado por esta naturalidad, fui algo más impertinente y le hice una docena de preguntas indiscretas, la mayoría necias, que ella sin embargo respondió complaciente y con un desparpajo tan asombroso que en realidad me desconcertó antes que alentarme en mis propósitos. Pues, en lo que concierne a abordar un tema, mi código berlinés contaba más con la resistencia y la burla que con una conversación tan franca caminando a marchas forzadas: así tuve por segunda vez la impresión de haberme enfrentado torpemente a una adversaria más fuerte.

Pero lo peor aún estaba por llegar, porque cuando, redoblando mi indiscreta insistencia, le pregunté dónde vivía, dos ojos color de avellana se volvieron bruscamente hacia mí con un deje de arrogancia, fulgurantes, mientras me respondía sin disimular la risa:

—Muy cerca de usted.

La miré a los ojos estupefacto. Ella volvió a mirarme de reojo para comprobar si la flecha del parto había acertado. Y, en efecto, la tenía clavada en la garganta. De golpe había desaparecido el tono descarado berlinés; inseguro, incluso sumiso, balbucí preguntándole si mi compañía no la molestaba.

—¿Cómo iba a molestarme?—dijo sonriendo de nuevo—. Sólo son dos calles, y las podemos recorrer juntos.

En aquel momento la sangre me zumbaba en los oídos, apenas podía avanzar. Pero ¿qué hacer? Virar en redondo hubiera sido una ofensa peor, de modo que tuve que ir con ella hasta la casa donde yo vivía. Allí se detuvo de pronto, me tendió la mano y dijo en tono ligero:

—Gracias por acompañarme. Esta tarde a las seis viene a ver a mi marido, ¿verdad?

Debí de sonrojarme de vergüenza como un tomate. Pero antes de que pudiera disculparme, ella ya había subido la escalera con paso ligero, y yo me quedé inmóvil, pensando con horror en las palabras estúpidas que había tenido la osadía y la torpeza de pronunciar. Como un idiota fanfarrón la había invitado, cual a una simple costurera, a salir de excursión el domingo, había elogiado su cuerpo de manera grosera y vulgar, y después había soltado el estribillo sentimental del estudiante solitario; sentía náuseas de mí mismo, hubiera vomitado de vergüenza. Y ahora ella, riendo y orgullosa hasta las orejas, iba a contarle mis sandeces a su marido, a un hombre cuya opinión pesaba para mí más que la de todos los hombres y ante cuyos ojos hacer el ridículo me parecía

mayor tormento que ser azotado desnudo en la plaza del mercado.

Horas horribles hasta la tarde: mil veces me imaginé cómo me recibiría con su sonrisa sutil e irónica. Oh sí, yo sabía que dominaba el arte de la palabra sardónica y tenía la habilidad de sacar punta a una broma y ponerla tan al rojo vivo que se te clavaba en la sangre. Un condenado no puede subir al patíbulo más aterrizado que yo las escaleras, y apenas entré en su estudio, tragando saliva a duras penas, aumentó mi confusión, pues creí oír en la habitación contigua el suave frufnú de un vestido femenino. Seguro que ella, la muy pícara, estaba escuchando para deleitarse en mi turbación, regocijarse de la plancha del joven fanfarrón. Finalmente llegó el profesor.

—¿Qué le pasa?—preguntó preocupado—. Lo veo muy pálido hoy.

Me puse a la defensiva, en mi fuero interno esperaba el golpe. Pero la temida ejecución no tuvo lugar, él habló como de costumbre de temas científicos: por más que prestara atención, temeroso, a cada una de sus palabras, no descubrí en ellas ninguna alusión ni ironía. Y, primero asombrado y después contento, comprendí que ella no había dicho nada.

A las ocho llamaron de nuevo a la puerta. Me despedí: volvía a tener el corazón en su sitio. Cuando abrí la puerta para salir, ella pasó por delante de mí; la saludé, y ella me dedicó una leve sonrisa. Con la sangre circulando por mi cuerpo como un torrente, interpreté este perdón como una promesa de continuar callada.

A partir de aquel momento comenzó para mí una nueva manera de observar las cosas; hasta entonces mi devota y pueril veneración había visto en el idolatrado maestro a un genio de otro mundo, hasta el punto que había olvidado completamente prestar atención a su vida privada, terrestre. Con la exageración inherente a todo verdadero entusiasmo, había elevado su existencia por encima de los quehaceres cotidianos de nuestro mundo metódicamente ordenado. Y así como, por ejemplo, un enamorado por primera vez no osa desnudar con el pensamiento a la chica idolatrada ni considerarla naturalmente como a otras mil personas que llevan falda, tampoco yo osaba escrutar solapadamente su vida privada: en él sólo veía a un ser sublime, desligado de todos los asuntos corrientes y vulgares, como mensajero de la palabra, como encarnación del espíritu creador. Pero ahora que aquella tragicómica aventura había puesto de repente a su esposa en mi camino, no podía por menos que observar de cerca su vida familiar, doméstica; de hecho en contra de mi voluntad, una curiosidad de fisgón inquieto me abrió los ojos. Y apenas comenzó esa mirada escrutadora, enseguida se desorientó, pues la existencia de aquel hombre en su propio feudo era muy peculiar y de un carácter enigmático casi angustioso. Poco después de aquel encuentro, cuando por primera vez fui invitado a comer y no lo vi a él solo, sino con su mujer, tuve la peregrina sospecha de una vida en común un tanto confusa, y cuanto más penetré en el círculo íntimo de la casa, más turbadora se hizo esta impresión. No es que en palabras o gestos se revelara algún tipo de tensión o desavenencia entre ellos: al contrario, era la nada, la ausencia de disposición, afectuosa u hostil, lo que los recubría y los hacía impenetrables, era una calma chicha de los sentimientos que hacía más pesada aquella atmósfera que la tempestad de una disputa o el relampagueo de un rencor oculto. Exteriormente nada denotaba tensión o irritación; sólo se percibía cada vez más fuerte la distancia que los separaba interiormente. Y es que las preguntas y las respuestas de sus raras conversaciones no hacían sino rozarlos de pasada, por decirlo así, con la punta de los dedos, nunca había afecto entre ellos, nunca se cogían de las manos, e incluso conmigo, sentados a la mesa, él hablaba cohibido y con frases entrecortadas. Y a veces, hasta que

no retomábamos temas de estudio, la conversación se enfriaba, se congelaba en un gran bloque de silencio que nadie se atrevía a romper y cuya pesada frialdad después me oprimía el alma durante horas.

Sobre todo me asustaba su completa soledad. Ese hombre abierto, de índole enteramente expansiva, no tenía amigos, sus únicas relaciones y su único consuelo eran los estudiantes. Nada lo ataba a sus colegas de la universidad salvo las formas corteses, no hacía visitas de sociedad; a menudo no salía de casa durante días, si no era para recorrer los veinte pasos hasta la universidad. Lo enterraba todo dentro de sí en silencio, sin confiarse a los hombres ni a la escritura. Y ahora yo comprendía también el carácter eruptivo, el desbordamiento fanático de sus disertaciones ante los estudiantes: su temperamento expansivo se desahogaba y esparcía todo lo que había acumulado durante días, todos los pensamientos que albergaba en silencio se precipitaban con esa fogosidad que los jinetes llaman tan expresivamente, refiriéndose a los caballos, estampida: rompían impetuosos la valla del silencio en esta carrera a la caza de palabras.

En casa hablaba poco, y menos a su mujer. Y con una sorpresa angustiada y casi vergonzosa reconocí, joven inexperto, que una sombra se cernía allí entre dos seres, una sombra ondeante y siempre presente, hecha de un material imperceptible, pero que, no obstante, los aislaba completamente el uno del otro, y por primera vez vislumbré cuánto secreto esconde la fachada de un matrimonio. Como si se hubiera trazado un pentagrama mágico en el umbral, la mujer nunca se atrevía a entrar en el estudio sin una invitación expresa: así quedaba claramente de manifiesto su exclusión del mundo intelectual del marido. Y mi maestro nunca toleraba que se hablara de su trabajo y de sus planes en presencia de ella. Me resultaba francamente embarazosa la manera con que él se interrumpía bruscamente en medio de una frase de vuelos apasionados tan pronto como ella entraba. Era algo casi ofensivo y a ojos vistas displicente, que carecía del velo de la cortesía, ruda y claramente rechazaba él cualquier interés por parte de su mujer; sin embargo ella no parecía darse cuenta de la ofensa o ya estaba habituada a encajarla. Con su rostro joven y altivo, con su cuerpo ágil y ligero, musculoso y esbelto, subía y bajaba las escaleras volando, siempre andaba atareada en incontables quehaceres, pero siempre tenía tiempo: iba al teatro y no desatendía ninguna actividad deportiva; en cambio, esta mujer de aproximadamente treinta y cinco años carecía de toda inclinación por los libros, por el hogar, por todo lo que significa retraimiento, tranquilidad y reflexión. Parecía encontrarse bien sólo cuando—siempre tateando, riendo de buena gana y dispuesta a una conversación picante—podía dejar distender sus miembros en la danza, la natación, corriendo, en cualquier ejercicio intenso; conmigo nunca hablaba en serio, me pinchaba como a un barbilampiño, a lo sumo me aceptaba como compañero en pruebas de fuerza para fanfarronear. Y esta forma de ser suya, expeditiva y de viva sensualidad, contrastaba tan inquietantemente con el estilo de vida de mi profesor, una vida sombría, replegada en sí mismo, avivada sólo por el espíritu, que me preguntaba con un asombro cada vez mayor qué había podido unir a esas dos naturalezas esencialmente opuestas. La verdad es que este singular contraste me favorecía: si después de un trabajo extenuante entablaba conversación con ella, era como si me quitaran un casco pesado de la frente; tras un apasionado éxtasis, todas las cosas recobraban su color cotidiano y su aspecto terrestre; la jovialidad de la vida social reclamaba risueña sus derechos, y la risa, que yo casi había olvidado en el tenso trato con él, aligeraba saludablemente la presión excesiva del trabajo intelectual. Una especie de camaradería juvenil se creó entre ella y yo; precisamente porque siempre hablábamos con desenvoltura de cosas

indiferentes o íbamos juntos al teatro, nuestra relación carecía de tirantez. Una sola cosa interrumpía desagradablemente la total despreocupación de nuestras conversaciones, y cada vez me turbaba: la mención del nombre de su marido. Entonces invariablemente ella respondía a mi curiosidad indiscreta con un silencio irritado o, si yo hablaba de él con entusiasmo, oponía una sonrisa extrañamente encubierta. Pero sus labios permanecían cerrados: de un modo diferente, pero con el mismo gesto vehemente, excluía a ese hombre de su vida tanto como él la excluía de la suya. Y, sin embargo, el mismo techo recoleto abrigaba a ambos desde hacía ya quince años.

Pero, cuanto más impenetrable se volvía este misterio, más atractivo se hacía para mi apasionada impaciencia. Había allí una sombra, un velo que yo sentía agitarse extrañamente cerca de mí al soplo de cada palabra; más de una vez creí haber penetrado esa tela desconcertante, pero se me escurría de nuevo entre los dedos para, un momento después, volver a murmurar cerca de mí, pero nunca era una palabra tangible, una forma palpable. Nada intriga y despierta más a un joven que el juego enervante de las vagas suposiciones; la fantasía, que de ordinario divaga ociosa, de pronto descubre un objeto de caza y se lanza febril al placer de la persecución, nuevo para ella. En aquellos días yo, hasta entonces un joven adormecido, vi cómo nacían en mí unos sentidos completamente nuevos: una fina membrana que captaba insidiosa la intensidad de cada tono, una mirada vigilante y husmeadora, llena de desconfianza y agudeza, una curiosidad que fisgoneaba y hurgaba en la oscuridad; mis nervios se tensaban elásticos hasta el dolor, siempre excitados por el atisbo de un presentimiento, pero nunca calmados por una impresión clara.

Sin embargo, no quiero censurar mi curiosidad siempre jadeante y al acecho, porque era pura. Lo que activaba de ese modo todos mis sentidos no era el afán lascivo de quien gusta de descubrir solapadamente las vilezas humanas de un hombre superior, sino al contrario, estaba teñida de un temor secreto, de una compasión perpleja y vacilante que con un incierto temor presentía un sufrimiento en aquellas dos personas enmudecidas. Pues cuanto más me adentraba en su vida, más sensiblemente me oprimía la sombra que ya había invadido el querido rostro de mi maestro, aquella melancolía noble, porque era noblemente dominada, que nunca se rebajaba a un hosco mal humor o a una cólera incontrolada; si al principio me había atraído, a mí, un desconocido, con la volcánica luz de su palabra, ahora, cuando ya me había familiarizado con él, más me conmovía su taciturnidad, la nube de tristeza que cruzaba su frente. Nada impresiona tanto al espíritu de un joven como la postración de un hombre sublime: el *Pensador* de Miguel Ángel mirando fijamente su propio abismo, la boca de Beethoven amargamente contraída, esas máscaras trágicas del sufrimiento universal perturban con más fuerza una sensibilidad a medio formar que la melodía argentina de Mozart o la luz musical que envuelve las figuras de Leonardo. Siendo belleza ella misma, la juventud no necesita transfiguración: en su exceso de fuerzas vivas aspira a la tragedia y permite gustosa que la melancolía absorba dulces sorbos de su sangre todavía inexperta. De ahí también la eterna disposición de los jóvenes al peligro y de ahí que tiendan en espíritu la mano fraternal a cualquier sufrimiento.

Y un rostro así, en verdad sufriente, lo vi allí por primera vez. Hijo de gentes humildes, educado en el bienestar de una familia burguesa, yo sólo conocía las preocupaciones bajo la máscara de la vida cotidiana, revestidas de contrariedad, con el ropaje amarillo de la envidia o haciendo tintinear las mezquindades del dinero. Pero la turbación de aquel rostro procedía (lo presentí enseguida) de un elemento más sagrado. Su aire sombrío provenía de otras oscuridades; desde el interior un cruel buril había dibujado pliegues y grietas en unas mejillas prematuramente marchitas. A veces, cuando entraba en su estudio (siempre con el temor del niño que se acerca a

una casa donde habitan los demonios) y él, absorto en sus reflexiones, no me oía llamar a la puerta, entonces yo me encontraba, avergonzado y confuso, frente a un hombre olvidado de sí mismo, y me parecía ver allí sólo al fámulo Wagner, su máscara corporal, vestido de Fausto, mientras su espíritu erraba por enigmáticos abismos en medio de horripilantes noches de Walpurguis. En esos momentos sus sentidos estaban completamente cerrados, no oía ni unos pasos que se acercaban ni una tímida salutación. Si entonces volvía en sí de repente y se levantaba de golpe, trataba de disimular su turbación con palabras precipitadas: caminaba arriba y abajo y se esforzaba con preguntas en apartar de su persona mi mirada observadora. Pero todavía durante un buen rato la sombra pendía sobre su frente, y sólo cuando la conversación se enardecía podían disiparse las nubes congregadas en su interior.

Debía de darse cuenta a veces de hasta qué punto su aspecto me conmovía; tal vez por mis ojos o por mis manos inquietas adivinaba, por ejemplo, que en mis labios flotaba un ruego que le imploraba confianza, o en mi actitud cautelosa podía reconocer el deseo secreto y ferviente de asumir sobre mí y en mí su dolor. Desde luego que debió de darse cuenta, porque de improviso interrumpía la animada conversación y me miraba emocionado; incluso su mirada, oscurecida por su propia plenitud, me envolvía con su singular calidez. Luego solía cogerme la mano y la mantenía largo rato en la suya, inquieto, y yo siempre esperaba: ahora, ahora, ahora me hablará. Pero, en lugar de eso, a menudo se desprendía de mí con un gesto brusco, a veces incluso con una palabra fría, a propósito desencantadora o irónica. Él, que vivía el entusiasmo, que lo había despertado y alimentado en mí, de repente lo borraba de mí como una falta en un ejercicio mal escrito, y cuanto más abierto me veía, anhelando su confianza, con más encono me lanzaba palabras glaciales como: «Usted no lo entiende» o «Déjese de exageraciones», palabras que me turbaban y me llevaban a la desesperación. ¡Cuánto sufrí a causa de aquel hombre de cualidades brillantes, que pasaba del calor al frío, que inconscientemente me enfervorizaba para de repente rociarme con hielo, que con su ímpetu estimulaba el mío para después blandir el látigo de una observación irónica! Sí, yo tenía la terrible sensación de que, cuanto más me acercaba a él, con más dureza y miedo me rechazaba. Nada podía ni debía aproximarse a él, a su secreto.

Pues un secreto (cada vez tenía más plena conciencia de ello), un secreto extraño e inquietante anidaba en la mágica atracción de lo más profundo de su ser. En su esquiva mirada, que avanzaba ardiente para después retroceder medrosa, yo adivinaba algo escondido; lo notaba en los pliegues amargos de los labios de su mujer, en la fría reserva de las gentes de la ciudad que miraban casi indignadas cuando alguien hablaba bien de él, en cien cosas extrañas y repentinos trastornos. ¡Y qué tormento creer haber entrado ya en la esfera íntima de una vida así y sin embargo errar en ella describiendo círculos, como en un laberinto, ignorando el camino de su origen y de su corazón!

Pero lo más inexplicable, lo más irritante para mí, eran sus escapadas. Un día, al llegar a la facultad, encontré colgada una nota diciendo que las clases quedaban interrumpidas durante dos días. Los estudiantes no parecían sorprendidos, pero yo, que todavía el día antes había estado con él, corrí a casa temiendo que hubiera enfermado. Su mujer me sonrió secamente ante el estado de desasosiego que mi súbita aparición delataba.

—Sucede a menudo—dijo con extraordinaria frialdad—. Pero usted todavía no está acostumbrado.

Y, efectivamente, supe por los compañeros que a menudo el profesor desaparecía de la noche a la mañana, a veces disculpándose con un simple telegrama. En una ocasión, a las cuatro de la madrugada, un estudiante lo había encontrado en una calle de Berlín; otro, en una posada de una

ciudad de provincias. Salía huyendo a toda prisa como el tapón de una botella, regresaba al cabo de poco y nadie sabía adónde había ido. Este pronto suyo me afectó como una enfermedad: pasé aquellos dos días errando de un lado para otro, con el ánimo ausente, distraído e inquieto. Sin su acostumbrada presencia, el estudio me pareció de pronto absurdo y vacío, me consumía en suposiciones confusas, no desprovistas de celos, incluso sentí algo de odio y de rabia a causa de esa actitud tan reservada: a mí, que deseaba ardientemente irrumpir en su vida real, me dejaba fuera de ella como a un mendigo en el frío glacial. En vano trataba de convencerme de que sólo era un muchacho, un estudiante, y no tenía derecho a pedirle cuentas y explicaciones, pues su bondad me otorgaba cien veces más confianza de la que corresponde a un profesor universitario por su función. Pero la razón no tenía poder alguno sobre mi apasionado afán: diez veces al día iba a preguntar, necio de mí, si ya había regresado, hasta que noté una cierta irritación en las respuestas negativas, cada vez más bruscas, de su mujer. Pasé media noche en vela, a la escucha por si oía los pasos de mi maestro; a la mañana siguiente rondé desazonado su puerta sin atreverme a hacer más preguntas. Y cuando finalmente al tercer día entró de improviso en mi habitación, me dio un vuelco el corazón: mi sobresalto debió de ser extraordinario a juzgar por su expresión de sorpresa y desconcierto que intentó disimular con algunas preguntas apresuradas e indiferentes. Evitaba mirarme. Por primera vez anduvimos con circunloquios, las palabras tropezaban unas contra otras y, mientras ambos nos afanábamos por evitar cualquier alusión a su ausencia, era precisamente lo que no decíamos lo que nos cerraba el paso a cualquier explicación. Cuando se fue, mi ardiente curiosidad se inflamó como una llama: poco a poco consumió mi sueño y mis vigias.

Esta lucha por obtener explicaciones y un conocimiento más profundo duró semanas. Con obstinación seguí perforando aquel núcleo de fuego que creía notar como un volcán bajo el silencio cubierto de rocas. Finalmente, en una hora feliz, conseguí irrumpir en su mundo interior. Una vez más había estado sentado en su estudio hasta el ocaso, cuando sacó de un cajón cerrado unos sonetos de Shakespeare, leyó primero en su propia traducción aquellas breves creaciones que parecían fundidas en bronce, para después explicar de un modo tan mágico su escritura cifrada y en apariencia impenetrable que en mi estado de beatitud deploré que las dádivas que salían de aquel hombre desbordante se perdieran en palabras efímeras. Y he aquí que entonces tuve de repente el coraje (a saber de dónde me vino) de preguntarle por qué no había terminado su gran obra *Historia del teatro Globe*; pero apenas hube aventurado esas palabras, enseguida me di cuenta, asustado, de que sin querer había tocado torpemente una herida secreta y a ojos vistas dolorosa. Se levantó, se volvió y permaneció callado un buen rato. De pronto la habitación pareció inundada de crepúsculo y de silencio. Finalmente se me acercó, me miró con gravedad y sus labios temblaron varias veces antes de entreabrirse y dejar salir la penosa confesión:

—No puedo trabajar en grandes cosas. Se acabó, sólo la juventud proyecta trabajos tan audaces. Ya no tengo perseverancia. Me he vuelto, ¿por qué esconderlo?, una persona de poco recorrido, no aguanto mucho tiempo. Antes tenía más fuerza, ahora ha desaparecido. Sólo puedo hablar; entonces me siento transportado, algo me arrastra. Pero trabajar sentado, siempre solo y en silencio, siempre solo, eso ya no puedo hacerlo.

Su actitud resignada me conmovió. Y, desde el convencimiento más profundo, le insté a que en último término procurara retener en puño cerrado lo que todos los días nos esparcía con mano suelta; no simplemente repartir, sino también conservar lo propio en forma de obras.

—No puedo escribir—repitió exhausto—. No estoy lo bastante concentrado.

—¡Pues dicte!—. E, inspirado por la idea, insistí casi suplicando—: Dícteme a mí. Inténtelo. Empezee..., después quizá usted mismo ya no podrá parar. Intente el dictado, se lo pido, hágalo por mí.

Levantó los ojos, primero asombrado y luego pensativo. Al parecer la idea le interesaba.

—¿Por usted?—repitió—. ¿Cree realmente que todavía habrá alguien que se alegre de que un viejo como yo intente hacer algo?

Noté que vacilaba y empezaba a ceder, lo noté en su mirada, que vuelta hacia su interior y nublada momentos antes, ahora, liberada por una cálida esperanza, se abría poco a poco y por ella misma se iluminaba.

—¿Lo cree de veras?—repitió. Percibí cómo en su voluntad afluía una disposición interior a aceptar, y de repente exclamó—: ¡Pues intentémoslo! La juventud siempre tiene razón. Quien la escucha es sabio.

Mi arrebató de alegría, mi triunfo, pareció infundirle ánimo: se puso a caminar arriba y abajo con grandes pasos, entusiasmado casi como un joven, y acordamos que todas las noches a las nueve, inmediatamente después de cenar, trataríamos de trabajar cada día una hora. Y al día siguiente empezamos el dictado.

¡Cómo describir aquella hora! La esperaba todo el día. Ya desde el mediodía una inquietud angustiosa y enervante cargaba de electricidad mis nervios impacientes, apenas podía soportar las horas hasta la noche. Entonces, inmediatamente después de cenar, íbamos a su estudio, me sentaba a su escritorio, dándole la espalda, mientras él andaba arriba y abajo con paso agitado hasta haber cogido el ritmo, y del tono elevado de su voz salía el prelude. Pues ese hombre extraordinario formaba todos sus pensamientos a partir de la musicalidad de los sentimientos: siempre necesitaba un impulso inicial para poner sus ideas en movimiento. La mayoría de las veces era una imagen, una metáfora osada, una situación plástica que él, llevado sin querer por un vehemente deseo de avanzar con rapidez, desarrollaba en escenas dramáticas. Entonces, a menudo, algo parecido a los destellos grandiosos de la naturaleza creadora salía del torrente luminoso de esas improvisaciones: recuerdo líneas que parecían estrofas de un poema yámbico y otras que se derramaban como cascadas en enumeraciones espléndidamente concisas, como el catálogo de naves de Homero y los himnos bárbaros de Walt Whitman. Por primera vez me fue concedido, a mí, joven todavía en ciernes, penetrar en el misterio de la creación: vi cómo el pensamiento, todavía incoloro, todavía puro calor líquido, manaba del crisol de la emoción impulsiva cual metal fundido para una campana, cómo después se enfriaba poco a poco y encontraba su forma, y esta forma se redondeaba y se revelaba en todo su vigor, hasta que finalmente salía clara y distinta la palabra y daba al sentimiento poético, como el badajo que hace resonar la campana, el lenguaje de los hombres. Y al igual que cada párrafo salía del ritmo y cada descripción de una imagen en su forma escénica, la obra en toda su amplitud salía, de un modo completamente antifilológico, de un himno, un himno al mar como forma del infinito, visible y perceptible para el mundo, un mar ondeante de horizonte a horizonte, mirando al cielo y ocultando abismos, jugando entretanto de una manera a la vez absurda y sensata con el destino de la tierra, con las frágiles barcas de los hombres: de esta imagen del mar nació, en una comparación grandiosa, una descripción del elemento trágico como fuerza elemental que, fragorosa y destructiva, agita nuestra sangre. Después, la ola creadora corrió hacia un país: apareció Inglaterra, la isla eternamente batida por el agitado elemento que envuelve peligrosamente todas las orillas de la tierra, todas las latitudes y

zonas del globo terráqueo. Allá, en Inglaterra, forma el Estado: la mirada fría y clara del elemento penetra hasta la concha vítrea del ojo, gris y azul; cada hombre es a la vez marino e isla, como su país, y fuertes y borrascosas pasiones burbujan entre tempestades y peligros en esta raza que durante siglos ha puesto incesantemente a prueba sus fuerzas por las rutas vikingas. Pero ahora la paz cubre de brumas el país bañado por las olas, y ellos, habituados a las tempestades, siguen queriendo el mar, el duro vuelco de los acontecimientos con sus peligros cotidianos, y así se crean emociones estimulantes con juegos sangrientos. Primero se instala el tablado de madera para la caza de animales y los combates cuerpo a cuerpo. Los osos se desangran, las peleas de gallos excitan bestialmente la voluptuosidad del horror, pero pronto un sentido más elevado busca una emoción más pura y turbulenta en el enfrentamiento heroico entre hombres. Y entonces surge de los teatros piadosos, de los Misterios representados en las iglesias, ese otro gran juego embravecido de los hombres, la repetición de todas las aventuras y viajes, pero ahora en los mares interiores del corazón; una nueva inmensidad, un nuevo océano con las mareas de la pasión y las crecidas turbulentas del espíritu, por el que navegar con emoción y ser zarandeado de un lado para otro sin aliento, constituye el nuevo placer de esta raza anglosajona, tardía pero siempre fuerte: nace el drama de la nación inglesa, el drama isabelino.

Y cuando se lanzaba fanáticamente a la descripción de estos inicios bárbaros y primitivos, sus palabras plásticas resonaban con toda su potencia. Su voz, que al principio se apresuraba como un murmullo, tensando los músculos y los ligamentos sonoros, se convirtió en un avión de metal brillante que iba subiendo cada vez más alto y más libre: el estudio era demasiado estrecho, las paredes lo oprimían y le respondían con su eco, necesitaba más espacio. Yo sentía el soplo de la tempestad sobre mí, el labio rugiente del mar gritaba con potencia sus palabras retumbantes: inclinado sobre la mesa, me parecía estar de nuevo en mi tierra, junto a la duna, y oír el gran fragor de mil olas y del viento rociador que se me acercaban. Por primera vez ese escalofrío que envuelve el nacimiento tanto de un hombre como de una palabra penetró en mi ánimo asustado de admiración y ya lleno de felicidad.

Cuando mi maestro terminó el dictado, en el que una gran inspiración arrancó magníficamente la palabra al propósito científico para convertir el pensamiento en poesía, yo me levanté tambaleándome. Me invadía y abrumaba un ardiente cansancio, una lasitud muy diferente a la suya, que era agotamiento, y una descarga, mientras que yo, sumergido en aquel oleaje, temblaba todavía bajo el pletórico torrente de palabras. Pero entonces ambos necesitábamos charlar para atenuar la tensión y reencontrar el sueño o el descanso: normalmente yo releía lo que había taquigrafiado y, cosa curiosa, apenas los signos se convertían en palabras, era una voz distinta de la mía la que hablaba, respiraba y se elevaba, como si alguien me hubiera cambiado el habla en la boca. Y entonces lo comprendía: al repetir las palabras, escandía e imitaba su entonación con tanta fidelidad que era como si él hablara por mi boca y no yo, hasta tal punto me había convertido en resonancia de su ser. El eco de su palabra. Cuarenta años han transcurrido desde entonces y, sin embargo, todavía hoy, en medio de una conferencia, cuando se me suelta y vibra la palabra, de repente siento, cohibido, que no soy yo quien habla, sino alguien que habla por mi boca. Reconozco entonces la voz de un difunto querido, un difunto que ya no respira sino por mis labios: cada vez que el entusiasmo me da alas, yo soy él. Y sé que aquellas horas me configuraron.

El trabajo crecía, creció a mi alrededor como un bosque cuya sombra poco a poco fue ocultándome toda vista al mundo exterior; sólo vivía en la oscuridad del interior de la casa, entre

el ramaje murmurante y cada vez más estrepitoso de la obra que se iba extendiendo, en la presencia envolvente y acogedora de ese hombre.

Aparte de unas pocas horas de clase en la universidad, le dedicaba todo el día. Comía a su mesa, noche y día subían y bajaban la escalera mensajes entre su piso y el mío; yo tenía la llave de su puerta y él la de la mía, de modo que él podía encontrarme a cualquier hora sin tener que llamar a voces a la vieja patrona medio sorda. Pero, cuanto más estrecha se hacía esta nueva relación, más me aislaba del mundo exterior; junto con el calor de aquella esfera íntima compartía a la vez el aislamiento gélido de su existencia recluida. Mis colegas me demostraban unánimemente cierta frialdad y menosprecio: ya fuera por una conspiración secreta, ya por pura envidia a causa de mi manifiesta preferencia, lo cierto es que me negaban su trato y en los debates del seminario evitaban—parecía cosa convenida—dirigirme la palabra y saludarme. Ni siquiera los profesores ocultaban su antipatía. Un día en que pedí una pequeña información al profesor de filología románica, me despatchó irónicamente diciendo:

—Usted, como íntimo del profesor X..., debería saberlo.

En vano traté de explicarme esta exclusión injustificada. Pero las palabras y las miradas eludían cualquier explicación. Desde que vivía completamente con los dos solitarios, yo también quedé del todo aislado.

Esta exclusión de la sociedad no me habría inquietado tanto, puesto que toda mi atención estaba puesta en las cosas del espíritu, si no hubiera sido porque mis nervios no resistieron la presión continua. Uno no vive impunemente durante semanas en un incesante exceso intelectual; además, había cambiado de vida de un modo demasiado brusco y total, había pasado de un extremo al otro demasiado brutalmente para no poner en peligro el equilibrio secreto que la naturaleza nos concede. Porque, mientras en Berlín mis devaneos relajaban saludablemente mis miembros y las aventuras con mujeres disolvían como un juego toda la inquietud acumulada, aquí una atmósfera sofocante oprimía mis sentidos excitados de un modo tan constante que se agitaban en mí sólo con convulsiones y descargas eléctricas; olvidé lo que era el sueño sano y profundo, aunque, o más bien porque, hasta la madrugada copiaba para mi propio deleite el dictado de cada noche (con una febril y vanidosa impaciencia por entregar las hojas lo antes posible a mi querido maestro). Luego estaban la universidad y las lecturas apresuradas, que me exigían un plus de diligencia, y no en menor grado me estimulaba el tipo de conversación que mantenía con mi profesor, pues cada uno de mis nervios se tensaba espartanamente para no aparecer delante de él falto de interés. Mi cuerpo así castigado no tardó mucho en querer vengarse de semejantes excesos. Varias veces sufrí breves desmayos, señales de peligro de la naturaleza, a la que yo atropellaba rabiosamente, pero las fatigas letárgicas se multiplicaron, cada expresión de mis sentimientos se hacía vehemente y los nervios crispados crecían hacia dentro con sus puntas, desgarrando mi sueño e instigándome a pensamientos confusos hasta entonces contenidos.

La primera persona que se dio cuenta de que mi salud corría realmente peligro fue la mujer de mi maestro. Yo ya había notado a menudo que su mirada intranquila me examinaba con atención, a propósito esparcía en nuestras conversaciones advertencias cada vez más frecuentes, como por ejemplo que no pretendiera conquistar el mundo en un semestre. Finalmente habló sin rodeos:

—Ya basta—me espetó un domingo, bajo un sol espléndido, mientras me quemaba las cejas estudiando gramática, al tiempo que me arrancaba el libro de las manos—. ¿Cómo puede un joven lleno de vida hacerse esclavo de la ambición hasta este punto? No tome siempre ejemplo de mi marido. Él es viejo, y usted joven. Tiene que vivir de otra manera.

Cada vez que hablaba de su marido, en su voz despuntaba ese matiz de menosprecio contra el cual yo, su fiel discípulo, me rebelaba indignado. Veía que intencionadamente, o quizás a causa de unos celos desatinados, ella trataba siempre de alejarme cada vez más de él y entorpecer con defensas irónicas mis excesos de apego al maestro. Si por la noche pasábamos demasiado tiempo con el dictado, golpeaba enérgicamente la puerta e, indiferente a las protestas airadas de su marido, nos obligaba a dejar el trabajo.

—Le va a destrozar los nervios, le destruirá completamente—me dijo enfurecida una vez que me encontró abatido—. ¡Mire lo que ha hecho de usted en estas pocas semanas! Ya no puedo soportar por más tiempo que usted mismo se cause tantos estragos. Y además...

Se cortó y no terminó la frase. Pero el labio le temblaba pálido de cólera contenida.

Y realmente mi maestro no me lo ponía fácil: cuanto con mayor pasión le servía, con tanta mayor indiferencia parecía valorar mi solícita veneración. Raras veces me daba las gracias; cuando por la mañana le llevaba el trabajo que me había obligado a acostarme muy tarde, me respondía secamente y con ademán de desprecio:

—Podía haber esperado hasta mañana.

Si en mi celo pundonoroso me ofrecía a complacerle en algo que no me había pedido, de repente en medio de una conversación apretaba los labios y con una palabra irónica rechazaba mi ofrecimiento. Es verdad que después, al verme retirar humillado y confuso, su mirada cálida y afable se posaba de nuevo sobre mí para consolar mi desesperación, ¡pero cuán pocas veces lo hacía, cuán pocas! Y esa alternancia de frío y calor, cuando ora se me acercaba emocionado, ora me rechazaba irritado, aturdían tanto mis sentimientos indómitos que llegaba a desear... No, nunca habría podido formular claramente lo que deseaba en realidad, lo que quería, lo que reclamaba, a lo que aspiraba, qué muestra de interés esperaba obtener por mi dedicación entusiasta. Porque cuando una adoración apasionada, incluso si es pura, se vuelve hacia una mujer, aspira a pesar de todo inconscientemente a una satisfacción corporal: la naturaleza le presenta de una manera visual una forma de unión suprema en la posesión del cuerpo. Pero una pasión del espíritu entre dos hombres, ¿cómo puede pretender realizarse, siendo irrealizable? Esta pasión ronda sin descanso a la persona adorada, siempre con las llamas de un nuevo éxtasis y nunca complacida con una última entrega. Siempre fluye y, sin embargo, nunca puede desahogarse, eternamente insatisfecha, como lo está siempre el espíritu. Así, su proximidad nunca fue para mí lo bastante cercana, su presencia nunca se revelaba ni se hacía completamente real en nuestras largas conversaciones; incluso cuando él se confiaba y abolía las distancias, yo sabía que un instante después podía destruir con un gesto cortante este compromiso de intimidad. Esta volubilidad confundía cada vez mis sentimientos y no exagero si digo que, en mi sobreexcitación, a menudo estuve a punto de cometer una locura, simplemente porque él, con indiferencia y un gesto indolente, apartaba un libro sobre el que yo le había llamado la atención, o de repente, cuando por la noche estábamos inmersos en una profunda conversación y yo seguía jadeante el flujo de sus pensamientos, él, justo después de haber apoyado tiernamente su mano en mi hombro, se levantaba de golpe y decía con brusquedad: «¡Pero ahora váyase! Es tarde. Buenas noches». Estas nimiedades bastaban para perturbarme durante horas y días. Quizá mi sensibilidad sobreexcitada, siempre en alerta continua a la provocación, veía ofensas allá donde no había intención de ofender, pero ¿de qué sirve sosegar a posteriori tras un profundo trastorno del alma? Y lo mismo se repetía todos los días: cerca de él yo ardía de sufrimiento y, lejos de él, mi corazón se helaba, siempre decepcionado por su actitud distante, nunca tranquilizado por muestra de amistad alguna, confundido por cualquier

contingencia.

Y cosa rara: cada vez que me sentía herido por él en mi sensibilidad, iba a refugiarme en su mujer. ¿Era tal vez el impulso inconsciente de hallar a una persona que también sufriera ese rechazo mudo, o tal vez era la simple necesidad de hablar con alguien y encontrar, si no ayuda, al menos comprensión? Sea como fuere, me refugiaba en ella como en un aliado secreto. Por regla general ahuyentaba mi susceptibilidad riéndose de ella misma o bien, encogiéndose fríamente de hombros, decía que ya debería estar habituado a esas excentricidades dolorosas. Pero a veces me miraba con una extraña gravedad, francamente sorprendida cuando mi súbita desesperación vertía de golpe ante ella toda una retahíla de reproches exasperados, de sollozos convulsivos y palabras crispadas; sin embargo no abría la boca, sólo en sus labios se dibujaba una tempestad contenida, y yo notaba que necesitaba todas sus fuerzas para no soltar una palabra de cólera o desconsideración. También ella tenía algo que decirme, no había duda, también ella ocultaba un secreto, quizá el mismo que su marido; pero, mientras que él me rechazaba con brusquedad tan pronto como yo pretendía salvar distancias, ella las más de las veces soslayaba cualquier explicación con una broma o alguna travesura improvisada.

Una sola vez estuve a punto de arrancarle una palabra. Una mañana, cuando le llevé el dictado, no pude menos de expresar al profesor con entusiasmo cómo me había conmovido precisamente aquella exposición (era el retrato de Marlowe). Y, desbordante todavía de júbilo, añadí admirado que nadie después de él podría escribir un retrato tan magistral. Entonces él se mordió el labio y, dándome la espalda bruscamente, arrojó el papel sobre la mesa y gruñó despectivamente:

—¿No diga tonterías! ¿Qué entiende usted por magistral?

Estas palabras hoscas (sin duda una máscara improvisada para disimular un impaciente pudor) bastaron para estropearme el día. Y por la tarde, durante una hora que pasé a solas con su mujer, la asalté de repente con una especie de ataque de histeria y, cogiéndole las manos, grité:

—Dígame, ¿por qué su marido me odia tanto? ¿Por qué me desprecia? ¿Qué le he hecho? ¿Por qué cada palabra mía lo exaspera tanto? ¿Qué debo hacer? ¡Ayúdeme! ¿Por qué no me soporta? ¡Dígamelo, se lo suplico!

Entonces unos ojos penetrantes, sorprendidos por esa explosión desbocada, me miraron fijamente:

—¿No lo soporta?—Y una risotada hizo rechinar sus dientes, una risotada tan malignamente aguda y acerada que, sin querer, me eché hacia atrás—. ¿No lo soporta?—repitió de nuevo, mirando con cólera mis ojos azorados. Pero acto seguido se inclinó hacia mí, sus miradas se volvieron poco a poco más y más tiernas, casi compasivas, y de pronto me acarició (por primera vez) el pelo—. Realmente es usted un niño, un niño bobo, que no se da cuenta de nada, no ve nada y no sabe nada. Pero es mejor así, de lo contrario estaría todavía más inquieto.

Y se volvió con un brusco movimiento. En vano traté de tranquilizarme: como atado dentro del saco negro de una pesadilla irrompible, luchaba por encontrar una explicación y despertar de la misteriosa confusión de estos sentimientos contradictorios.

Así pasaron cuatro meses, semanas de exaltación y de transformación jamás sospechadas. El semestre corría hacia su fin, veía con terror acercarse las vacaciones porque no quería abandonar mi purgatorio, y la vida de familia austera y nada intelectual en mi patria chica me amenazaba como un exilio y un despojo. Ya daba vueltas a la cabeza trazando planes secretos para hacer creer a mis padres que un trabajo importante me retenía aquí, me daba maña en entretejer mentiras

y subterfugios para prolongar esa permanencia que me devoraba. Pero el destino ya había fijado hacia tiempo el día y la hora de mi partida hacia otra esfera. Y ésta colgaba invisible sobre mi cabeza como el toque del mediodía cuelga de la campana para después, de improviso y con gravedad, llamar al trabajo o a la despedida a los que esperan ociosos.

¡Qué bien empezó aquella tarde fatal, con qué pérvida belleza! Había almorzado con ellos dos. Las ventanas estaban abiertas y por su marco oscurecido entraba poco a poco el cielo crepuscular con sus nubes blancas: algo claro y suave se desprendía de sus reflejos que flotaban majestuosamente hasta muy lejos, dejando atrás una impresión fuerte y profunda. Habíamos hablado, la mujer y yo, con más desenvoltura, tranquilidad y animación que de costumbre. Mi maestro permaneció mudo durante toda nuestra conversación, pero su silencio se cernía sobre nosotros como un ave con las alas plegadas. Yo lo miraba de reojo, furtivamente: aquel día había en su ser una extraña luminosidad, cierta agitación, pero sin nerviosismo, al igual que aquellas nubes de verano. A veces levantaba su copa de vino y la sostenía a contraluz para deleitarse en su color; y cuando mi mirada alegre acompañó este gesto, él sonrió ligeramente y dirigió la copa hacia mí en un brindis. Pocas veces había visto tan claro su rostro, sus movimientos tan tranquilos y armoniosos: estaba allí sentado casi con serena solemnidad, como si escuchara música de la calle o prestara oídos a una conversación invisible. Sus labios, normalmente marcados sin cesar por minúsculas ondas, permanecían inmóviles y blandos como una fruta pelada, y la frente, que ahora volvía mansamente hacia la ventana, reflejaba aquella dulce claridad, y su rostro me pareció más bello que nunca. Era maravilloso verlo tan satisfecho: ¿era un destello de aquella tarde serena de verano, lo imbuía el dulce bienestar de aquella atmósfera teñida de matices, o un pensamiento consolador lo iluminaba desde dentro? Yo lo ignoraba. Pero, acostumbrado a leer en su rostro como en un libro abierto, de una cosa estaba seguro: aquel día un dios clemente le había alisado las grietas y las arrugas del corazón.

Y también de una manera extrañamente solemne se levantó y me invitó con uno de sus usuales movimientos de cabeza a seguirlo a su estudio: siempre tan apresurado, esta vez andaba con una singular gravedad. Después se volvió de nuevo y se fue a buscar (también contrariamente a su costumbre) una botella de vino del armario y la trajo con sumo cuidado. Al igual que yo, su mujer parecía notar algo raro en su comportamiento: con aire de asombro levantó los ojos de su labor y, mientras nosotros nos dirigíamos al gabinete de trabajo, observó con muda curiosidad su actitud inusualmente comedida.

El estudio, como siempre del todo a oscuras, nos esperaba en su intimidad crepuscular, sólo la lámpara dibujaba un círculo de oro alrededor del montón de papel blanco para escribir. Me senté en el sitio de costumbre y releí las últimas frases del manuscrito; para sintonizar interiormente y dejar fluir su discurso, él necesitaba siempre el ritmo como un diapasón. Pero, mientras que de ordinario enlazaba con la última frase antes de que su eco se desvaneciera, esta vez no hubo continuación. El silencio se extendió por todo el estudio, las paredes lo rebotaban en forma de una tensión opresiva. El maestro no parecía todavía del todo concentrado, pues yo lo oía detrás de mí dando pasos nerviosos arriba y abajo.

—¡Léalo de nuevo!

Era extraña la agitación con la que su voz empezó bruscamente a vibrar. Releí los últimos párrafos. Entonces de inmediato encadenó su voz con la mía para dictar a tirones, de un modo más rápido y cerrado que de costumbre. En cinco frases montó la escena. Lo que había expuesto hasta entonces eran las condiciones culturales previas al drama, un fresco de la época, un compendio

histórico. Entonces, dando un giro brusco, se puso a hablar del teatro mismo, el cual, después del vagabundeo y de viajes en carro, se volvió sedentario y se construyó un hogar, provisto de derechos y privilegios, primero el teatro de la Rosa y el Fortuna, rudas barracas de madera para juegos igualmente rudos. Pero después los obreros construyeron un nuevo ropaje de planchas a la medida de la envergadura creciente de la poesía; a orillas del Támesis, clavado con estacas en un fondo fangoso, húmedo y sin valor, se levantó el tosco edificio de madera con su basta torre hexagonal, el teatro Globe, en cuyo escenario apareció Shakespeare, el maestro. Como una extraña nave arrojada por el mar, con su bandera roja de pirata en el palo mayor, se levanta allí, anclado en el fondo cenagoso. En la platea el pueblo llano se agolpa ruidoso como en el puerto; desde las galerías el mundo elegante sonríe y charla con los actores de abajo. Impacientes, los espectadores piden que empiecen. Patalean y alborotan, con el pomo de la espada golpean estrepitosamente contra las tablas, hasta que al fin, por primera vez, el escenario se ilumina con cuatro bujías vacilantes que alguien ha traído, y aparecen unos personajes más o menos disfrazados para interpretar una comedia al parecer improvisada. Y entonces..., todavía hoy lo recuerdo, «estalla de repente la tempestad de las palabras, aquel mar infinito de la pasión que, desde los límites de las tablas lanza a todas las épocas y a todas las zonas del corazón humano sus olas sangrientas, incansables, alegres y trágicas, con todas sus variantes y hechas a la imagen del hombre por excelencia: el teatro de Inglaterra, el drama shakespeariano».

Tras estas excelsas palabras, la disertación se interrumpió bruscamente. Se produjo un largo y sepulcral silencio. Volví inquieto la cabeza: mi maestro, agarrado convulsivamente a la mesa con una mano, había adoptado aquella actitud de agotamiento que le conocía. Pero esta vez su rigidez producía cierta alarma. Me levanté de un salto, temiendo que le hubiera pasado algo, y le pregunté temeroso si quería que parara. Él primero se limitó a mirarme fijamente, como ausente y sin aliento. Pero luego la estrella de su mirada reapareció con su resplandor azul y, con los labios crispados, se me acercó para decirme:

—¿Y qué, no ha notado nada?—Me miró con ojos penetrantes.

—¿El qué?—balbuceé inseguro.

Entonces él respiró profundamente y sonrió un poco; hacía meses que no me sentía arropado por aquella mirada envolvente, dulce y tierna:

—La primera parte está acabada.

Me costó reprimir un grito de júbilo, tan ardiente fue la emoción de la sorpresa. ¿Cómo podía no haberlo notado? Sí, toda la estructura estaba allí, magníficamente escalonada desde el pasado más profundo hasta el umbral de la creación: ahora podían venir los Marlowe, los Ben Jonson, los Shakespeare, a cruzarlo victoriosos. El libro celebraba su primer aniversario: me apresuré a contar las hojas. Ciento setenta páginas de escritura apretada comprendía esta primera parte, la más difícil, porque lo que vendría a continuación sería un trabajo más libre de composición, mientras que hasta entonces el tema expuesto había estado estrechamente ligado a la documentación histórica. No había duda: ¡acabaría su trabajo, nuestro trabajo!

No sé si armé algazara, si bailé de alegría, de orgullo, de felicidad. Pero mi entusiasmo debió de tomar formas imprevistas, pues su mirada me siguió sonriente mientras yo releía las últimas palabras o contaba presuroso las hojas, las levantaba, las pesaba y las palpaba amorosamente, y ya fantaseaba calculando por adelantado cuándo podríamos tener acabada la obra entera. Su orgullo contenido, oculto en lo más profundo de su ser, se veía reflejado en mi alegría: me miraba sonriente y emocionado. Luego, lentamente, vino hacia mí, muy cerca de mí y, con las dos manos

extendidas, cogió las mías; inmóvil, me contemplaba. Poco a poco sus pupilas, que de ordinario no tenían un destello intermitente y palpitante de color, se llenaron de aquel azul vivo y claro que, de todos los elementos, sólo la profundidad del agua y la de los sentimientos humanos pueden adquirir. Y este azul fulgurante subió de las pupilas, avanzó y se introdujo en mí; sentí que la cálida ola que emanaba de ellas entraba suavemente en lo más hondo de mi alma, se extendía como un torrente y me producía un vasto y extraño placer: todo mi pecho se dilató de pronto por esa fuerza que manaba y crecía sin cesar, y entonces sentí que se abría en mí el gran mediodía de Italia:

—Sé—dijo entonces su voz por encima de aquel fulgor—que sin usted nunca hubiera terminado este trabajo, nunca lo olvidaré. Usted ha dado a mi debilidad el impulso creador y ha salvado lo que queda todavía de mi vida dispersa y perdida, ¿usted, usted solo! Nadie ha hecho tanto por mí, nadie me ha ayudado tan fielmente. Y por eso no digo que debo agradecerse a *usted*, sino a *ti*. ¡Ven! Vamos a pasar una hora juntos como dos hermanos.

Me arrastró suavemente hasta la mesa y cogió la botella preparada. Había también dos copas: me había reservado un brindis simbólico como muestra de agradecimiento. Yo temblaba de alegría, pues nada confunde tanto los sentidos como el súbito cumplimiento de un deseo ardiente. Su gratitud había encontrado el signo más bello y más ostensible de confianza, el signo al cual yo aspiraba inconscientemente: el tuteo fraternal, salvando el abismo de la edad, y siete veces más valioso por esta distancia tan difícil de franquear. Ya tintineaba la botella, esa madrina todavía muda que iba a sosegar para siempre con la fe mi alma inquieta; ya mi corazón resonaba claro y nítido también como aquel tintineo, cuando un pequeño obstáculo retardó el momento solemne: la botella tenía tapón y no teníamos a mano un sacacorchos. Él se levantó para ir a buscarlo, pero yo adiviné la intención y me precipité hacia el comedor, ardiendo todavía de impaciencia a la espera de ese segundo que me traería al fin la tranquilidad al corazón y la confirmación más evidente de su afecto por mí.

Al pasar así tan impetuosamente por la puerta y salir al corredor que no estaba iluminado, tropecé en un rincón oscuro con algo blando que se apresuró a apartarse: era la esposa de mi maestro que, a ojos vistas, había estado escuchando tras la puerta. Pero, cosa rara, aunque el choque fue violento, no soltó ni un grito, se limitó a retroceder en silencio, y yo también, incapaz de moverme, permanecí en silencio, asustado. La escena duró un instante: ambos estábamos mudos y avergonzados el uno frente al otro, ella pillada espionando, yo, atónito por el inesperado descubrimiento. Pero luego oí unos pasos ligeros en la oscuridad, se encendió una luz y la vi, pálida y desafiante, apoyada en el armario; su mirada me examinó con expresión severa, y en su actitud inmóvil había algo sombrío, como una advertencia y una amenaza. Pero no dijo una sola palabra.

Me temblaban las manos cuando, después de andar a tientas un buen rato, medio a ciegas, por fin encontré el sacacorchos; dos veces tuve que pasar por delante de ella y cada vez, al levantar los ojos, tropezaba con aquella mirada fija, que brillaba dura y sombría como madera pulida. Nada en ella denotaba el bochorno de haber sido atrapada escuchando tras la puerta; al contrario, en sus ojos severos y decididos centelleaba una amenaza que yo no comprendía, y su porte obstinado mostraba su intención de no abandonar aquella posición poco apropiada y seguir montando guardia para espiar. Y esta voluntad prepotente me confundía; instintivamente me agaché bajo esa mirada severa y premonitoria, fija en mí. Y cuando al fin me deslicé con paso inseguro en el estudio, donde el maestro tenía ya impaciente la botella en la mano, la alegría inmensa de hacía

unos instantes se heló en un miedo extraño.

En cuanto a él, ¡con qué tranquilidad me esperaba! ¡Con qué contento me recibió su mirada! Siempre había soñado con poderlo ver un día así, sin nubes que atravesaran su frente triste. Ahora, por primera vez, la paz iluminaba esa frente cordialmente vuelta hacia mí: me abandonó la palabra; toda mi alegría se iba como por poros secretos. Confuso, incluso avergonzado, oí que me daba las gracias de nuevo, ahora con el familiar *tú*, y las copas al chocar produjeron un tintineo argentino. Envolviéndome amigablemente con el brazo, me condujo a las butacas, nos sentamos el uno enfrente del otro, su mano descansando sin cumplidos en la mía: por primera vez sentí su espíritu del todo franco y libre. Pero yo era incapaz de hablar; sin querer, tanteaba sin cesar la puerta con la mirada, lleno de angustia por si ella seguía escuchando detrás. «Ella nos escucha— pensaba yo—, escucha cada palabra que él me dice, cada palabra que digo yo. ¿Por qué precisamente hoy, sí, por qué precisamente hoy?». Y cuando él, envolviéndome con su cálida mirada, me dijo de pronto: «Hoy quisiera hablarte de mí, de mi propia juventud», me puse en pie frente a él tan asustado, con la mano suplicante a modo de rechazo, que él levantó los ojos hacia mí asombrado.

—Hoy no—balbuceé—, hoy no..., perdone.

Para mí era demasiado horrible la idea de que pudiese descubrir su alma ante un espía cuya presencia yo le debía ocultar.

Mi maestro me miró inseguro:

—Pero ¿qué te pasa?—me preguntó con cierto disgusto.

—Estoy cansado... Perdone... Es más fuerte que yo..., creo. —Y diciendo esto, me levanté temblando—. Creo que es mejor que me vaya.

Sin querer, desvié la mirada hacia la puerta, donde sospechaba que, disimulada por los paneles, seguía al acecho aquella curiosidad hostil y celosa.

Entonces él también se levantó pesadamente de la butaca. Una sombra de fatiga recorrió su rostro.

—¿De veras quieres irte... hoy, precisamente hoy?—Me cogía de la mano: una tensión invisible la hacía pesada. Pero de pronto la dejó caer bruscamente, como una piedra—. Lástima— exclamó decepcionado—, me habría alegrado tanto hablar una vez contigo francamente. ¡Lástima!

Por un momento ese profundo suspiro se propagó por toda la habitación como una mariposa negra. Yo estaba avergonzado, lleno de un miedo perplejo inexplicable; me retiré vacilante y cerré la puerta detrás de mí sin hacer ruido.

A tientas y a duras penas subí a mi habitación y me eché sobre la cama. Pero no pude dormir. Nunca había sentido con tanta fuerza que sólo había un techo delgado entre mi morada y la suya, separadas únicamente por un maderamen oscuro e impenetrable. Y ahora, con los sentidos aguzados, sentí mágicamente que ellos dos velaban debajo de mí; veía sin verlo, oía sin oírlo, cómo él caminaba inquieto arriba y abajo por su habitación, mientras ella estaba sentada en silencio en algún otro lugar o erraba como un fantasma espionando de un lado para otro. Pero yo sabía que ella tenía ambos ojos abiertos y su vigilancia me llenaba de horror: una pesadilla; de pronto sentí caer sobre mí toda la pesada y silenciosa casa con sus sombras y sus negruras.

Me destapé de un tirón. Me ardían las manos. ¿Hasta dónde había llegado? Me había acercado mucho al secreto, había recibido su cálido aliento contra mi rostro, y ahora se había alejado de nuevo, su sombra silenciosa y opaca rondaba todavía susurrando, lo presentía en la casa como un peligro, deslizándose a hurtadillas como un gato de patas acolchadas, siempre presente, subiendo

y bajando a saltos, siempre rozándote y perturbándote con su piel cargada de electricidad, tibia y sin embargo fantasmal. Y sentía la mirada envolvente del maestro escrutándome desde la oscuridad, una mirada blanda como su mano tendida, y aquella otra, penetrante, amenazadora y asustada, de su mujer. ¿Qué papel tenía yo en su secreto? ¿Por qué me colocaban los dos, con los ojos vendados, en medio de su pasión? ¿Por qué me metían en su incomprensible discordia? ¿Y por qué cada uno de ellos oprimía mis sentidos con su inflamado haz de cólera y de odio?

La frente me ardía. Me levanté y abrí la ventana de golpe. Fuera, la ciudad dormía plácidamente bajo unas nubes de verano; algunas ventanas estaban todavía iluminadas por el resplandor de las lámparas, pero a los que estaban allí detrás sentados los unía una apacible conversación, un libro o una música familiar les vivificaba el corazón. Y allí donde tras los blancos marcos de las ventanas reinaba la oscuridad, a buen seguro se respiraba un sueño tranquilo. Por encima de todos aquellos tejados en reposo se cernía como la luna en sus vapores argentados una dulce quietud, un silencio cándido y sosegado, y las once campanadas del reloj de la torre cayeron sin violencia en el oído de quienes soñaban o por azar escuchaban. Sólo yo, en la casa, sabía que alguien estaba todavía en vela y me sentía asediado por pensamientos extraños y maliciosos. Algo en mi interior se esforzaba, febril, por comprender aquellos confusos murmullos.

De repente me sobresalté. ¿No eran pasos en la escalera? Me erguí para escuchar mejor. En efecto, alguien subía los peldaños a tientas como un ciego, con pasos prudentes, vacilantes, inseguros: yo conocía esos quejidos y lamentos de la madera bajo los pies. Estos pasos no podían sino dirigirse hacia mí, sólo hacia mí, pues nadie vivía allá arriba en la buhardilla salvo yo y la vieja sorda que dormía desde hacía rato y nunca recibía visitas. ¿Era mi maestro? No, no era su paso presuroso e irregular; aquel andar era vacilante y se detenía cobarde en cada escalón (¡como en este mismo instante!): un intruso, un criminal podía estar acercándose de esta manera, pero no un amigo. Yo escuchaba con tal tensión que los oídos me retumbaban. Y de pronto un escalofrío me subió por las piernas desnudas.

Entonces la cerradura crujió ligeramente: él debía de estar ya en la puerta, el huésped inquietante. Un leve soplo de aire en los dedos de los pies me indicó que se había abierto la puerta de la escalera, pero la llave sólo la tenía él, mi maestro. Sin embargo, si era él..., ¿por qué tanta vacilación, tanto comedimiento? ¿Estaba preocupado por mí y quería ver cómo estaba? ¿Y por qué dudaba ahora, ese huésped inquietante, ahí fuera, en el vestíbulo, pues sus pasos furtivos y sigilosos de antes se habían detenido de repente? Yo también estaba paralizado de terror. Parecía que iba a gritar, pero un nudo pegajoso en la garganta me lo impedía. Quería abrir, pero tenía los pies clavados en el suelo. Sólo una delgada pared nos separaba, a mí y al huésped inquietante, pero ni él ni yo dimos un paso para acercarnos.

En aquel momento sonó la campana de la torre: una sola campanada, las once y cuarto. Pero puso fin a mi entumecimiento. Abrí la puerta.

Y, en efecto, ahí estaba mi maestro, con una vela en la mano. La corriente de aire provocada por la puerta abierta bruscamente reavivó la llama con un resplandor azulado, y detrás de él su sombra vacilante, agigantada y desprendida de su rígida silueta, se tambaleaba como un beodo hendiendo la pared. Pero él también, cuando me vio, hizo un movimiento; se encogió como alguien que, sorprendido en su sueño por un repentino soplo de aire, estremeciéndose de frío se cubre instintivamente con la manta. Sólo entonces retrocedió, con la vela vacilante que goteaba en su mano.

Yo temblaba, con un susto de muerte. Sólo pude balbucir:

—¿Qué le ocurre?

Él miró sin proferir palabra. También a él algo le cortaba el habla. Finalmente dejó la vela sobre la cómoda, y enseguida el juego de sombras que aleteaba en el espacio como un murciélago se tranquilizó. Finalmente masculló:

—Quería... quería...

De nuevo se quedó sin habla. Estaba allí de pie, los ojos fijos en el suelo, como un ladrón sorprendido en flagrante delito. Era insoportable aquella angustia, aquella situación: él de pie, yo en camisa, temblando de frío; él, encogido, confuso y abochornado.

De repente la débil figura cobró ánimo. Se me acercó: una sonrisa, maligna y faunesca, una sonrisa que centelleaba como una amenaza sólo en sus ojos, los labios estrechamente apretados, una sonrisa irónica se posó un momento en mí como una máscara extraña; después, una voz afilada como la lengua bífida de una serpiente profirió:

—Sólo quería decirle... que es mejor que renunciemos al tuteo... Eso..., eso... no es propio de la relación entre un pupilo y su maestro... ¿Lo comprende...? Hay que mantener las distancias... las distancias... las distancias.

Y al mismo tiempo me miraba con tanto odio, con una malicia tan ofensiva, semejante a una bofetada, que su mano instintivamente se crispó como una garra. Yo retrocedí tambaleante. ¿Se había vuelto loco? ¿Estaba borracho? De pie delante de mí, con el puño cerrado, parecía como si estuviera a punto de echárseme encima o golpearme en la cara.

Pero este horror sólo duró un segundo, después aquella mirada agresiva se replegó bajo los párpados. Él se dio la vuelta, murmuró algo parecido a una disculpa y cogió la vela. Como un diablo negro y solícito, la sombra, inclinada hacia el suelo, se puso de nuevo en movimiento y, como un remolino, precedió al profesor hacia la puerta. Después él mismo se puso en marcha antes de que yo reuniera las fuerzas suficientes para idear una sola palabra. La puerta se cerró con violencia y la escalera crujió fuerte y dolorosamente bajo sus pasos precipitados.

Nunca olvidaré aquella noche; una cólera fría alternaba furiosamente con una ardiente y perpleja desesperación. Los pensamientos se mezclaban en mi cerebro como fuegos artificiales. «¿Por qué me martiriza?», me preguntaba centenares de veces bajo el tormento que me devoraba. ¿Por qué me odia tanto que adrede sube las escaleras a hurtadillas únicamente para echarme en cara con tanta hostilidad semejante ofensa? ¿Qué le había hecho? ¿Qué debía hacer ahora? ¿Cómo lograr que desapareciera su enojo, si no sabía en qué lo había herido? Me eché febril en la cama, me levanté, volví a hundirme bajo la manta, pero no podía ahuyentar de mí aquella imagen fantasmal, la de mi maestro subiendo a hurtadillas y desconcertado por mi presencia, y detrás de él, extraña y enigmática, aquella sombra inmensa tambaleándose sobre la pared.

A la mañana siguiente, cuando me levanté después de un corto y ligero amodorramiento, primero me persuadí de que lo había soñado. Pero sobre la cómoda todavía estaban pegadas, redondas y amarillas, las manchas de cera que habían goteado de la vela. Y en medio de la habitación, inundada de luz, volvía una y otra vez el recuerdo espantoso del huésped nocturno que había entrado furtivamente como un ladrón.

No salí en toda la mañana. La sola idea de tropezarme con él me dejaba sin las fuerzas. Intenté escribir, leer; nada dio resultado. Tenía los nervios quebrados, en cualquier momento podían estallar en un acceso espasmódico, en sollozos o bramidos. Veía mis dedos temblar como hojas en un árbol, incapaz de mantenerlos quietos, y mis corvas flaqueaban como si los tendones hubiesen

sido cortados. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Me lo pregunté hasta la extenuación; la sangre me hervía ya en las sienes y se teñía de azul bajo los ojos. Pero, sobre todo, no salir, no bajar, no encontrarlo de repente sin sentirme seguro, sin que los nervios hubieran recuperado sus fuerzas. Me eché de nuevo en la cama, hambriento, confuso, sin lavarme, alterado, y de nuevo mis sentidos trataron de penetrar la delgada pared: ¿dónde estaría él ahora, qué haría, estaría despierto como yo, desesperado como yo?

Llegó el mediodía y yo seguía tumbado en la cama ardiente de mi desconcierto, cuando al fin oí pasos en la escalera. Todos mis nervios dieron la alarma; pero eran unos pasos ligeros, despreocupados, subían de un salto alado dos peldaños a la vez. Una mano se posaba ya en la puerta y llamaba. Salté de la cama y pregunté sin abrir:

—¿Quién es?

—¿Por qué no viene a comer?—respondió en un tono algo enfadado la voz de su mujer—. ¿Está enfermo?

—No, no—tartamudeé desconcertado—, ahora voy, ahora mismo voy.

Y no tuve más remedio que vestirme rápidamente y bajar. Pero tuve que apoyarme en la barandilla, tanto me flaqueaban las piernas.

Entré en el comedor. Delante de uno de los dos cubiertos me esperaba la mujer de mi maestro y me saludó con un ligero reproche por haberla obligado a ir a buscarme. El sitio de su marido estaba vacío. Sentí que la sangre me subía a la cabeza. ¿Qué significaba esa ausencia imprevista? ¿Temía él nuestro encuentro más que yo mismo? ¿Se avergonzaba o ya no quería en adelante compartir la mesa conmigo? Finalmente me decidí a preguntar si el profesor no vendría.

Sorprendida, me miró:

—¿Acaso no sabía que esta mañana ha salido de viaje en tren?

—¿Que ha salido de viaje?—balbucí—. ¿Adónde?

Ella frunció el entrecejo:

—Mi marido no se ha dignado decírmelo, probablemente... una de sus salidas habituales.— Entonces de repente se volvió hacia mí para añadir en tono cortante e interrogativo—: ¿Pero *usted* no lo sabía? Anoche subió a verlo, ¿no? Pensé que era para despedirse... Es raro..., muy raro..., que tampoco le haya dicho nada a usted.

—¡A mí!—Sólo fui capaz de emitir este grito. Y para mi vergüenza y mi confusión el grito arrastró consigo todo lo que las últimas horas habían reprimido peligrosamente en mi interior. De repente prorrumpí en un sollozo, en un gemido convulso y furioso, vomité un torrencial gorgoteo de palabras y gritos embrollados como una masa arremolinada de confusa desesperación; lloraba, no, más bien expulsaba de la boca convulsa todo el sufrimiento acumulado y lo bañaba en sollozos histéricos. Mis puños tamborileaban frenéticos sobre la mesa; como un niño irritable y rabioso; con el rostro inundado de lágrimas, di rienda suelta a lo que desde hacía semanas pendía sobre mí como una tempestad. Y mientras encontraba consuelo en este desahogo desenfrenado, sentía a la vez una vergüenza infinita por traicionarme ante ella de esa manera.

—¿Qué le ocurre? ¡Por el amor de Dios!—Se había levantado de golpe, desconcertada. Luego corrió hacia mí y me condujo de la mesa al sofá—. Échese aquí. Tranquilícese.—Me acarició las manos, pasó las suyas por mis cabellos, mientras sacudidas convulsas continuaban agitando mi cuerpo tembloroso—. No se atormente, Roland, no se atormente. Conozco todo esto, lo presentía.—Seguía acariciándome los cabellos, pero de pronto su voz se volvió dura—: Sé por mí misma

hasta qué punto mi marido es capaz de confundir a la gente, nadie lo sabe mejor que yo. Pero, créame, siempre quise advertirle al ver que se apoyaba tanto en él, cuando él mismo carece de equilibrio. Usted no lo conoce, usted está ciego, es un niño. No sospecha nada, ni siquiera hoy, ni siquiera hoy se da cuenta de nada. ¿O tal vez hoy por primera vez ha empezado a comprender algo? En este caso, mejor para él y para usted.

Permaneció afectuosamente inclinada hacia mí, yo oía sus palabras y sentía sus manos tranquilizadoras que con su tacto adormecían mi dolor como venidas de una profundidad de cristal. Era un alivio sentir por fin, por fin de nuevo, un hálito de compasión, y también por fin de nuevo una tierna mano femenina cerca de mí, una mano casi maternal. Quizás también de eso había estado privado demasiado tiempo y ahora, viendo a través del velo de la tristeza el interés de una mujer tiernamente preocupada, sentí un bienestar en medio del dolor. Sin embargo, ¡qué bochorno, cómo me avergonzaba de aquel arrebato de sinceridad que me había traicionado, aquella desesperación tan expuesta! Y en contra de mi voluntad ocurrió que, incorporándome a duras penas, volví a dar libre curso a un torrente de gritos atropellados quejándome de todo lo que él me había hecho, de cómo me había rechazado y perseguido y de nuevo atraído, de cómo se había mostrado duro conmigo sin motivo ni razón: ese verdugo al que, a pesar de todo, yo estaba amorosamente atado, al que odiaba amándolo y amaba odiándolo. Empecé de nuevo a irritarme de tal modo que ella tuvo que volver a calmarme. Una vez más sus tiernas manos me empujaron hasta el sofá, del que me había levantado en un arrebato de ira. Finalmente me tranquilicé. Ella callaba, extrañamente pensativa: me di cuenta de que ella lo comprendía todo y quizá más aún que yo mismo...

Este silencio nos unió durante unos minutos. Después la mujer se levantó:

—Bien, ya ha sido un niño suficiente tiempo, ahora vuelva a ser un hombre. Siéntese a la mesa y coma. No ha sido una tragedia, sólo un malentendido que se aclarará. —Y cuando yo hice gestos de negación, añadió—: Se aclarará, porque no dejaré que esta situación se alargue y se embrolle por más tiempo. Esto tiene que terminar, él tiene que aprender de una vez a dominarse un poco. Usted es una persona demasiado buena para sus juegos aventureros. Hablaré con él, cuente conmigo. Pero ahora siéntese a la mesa.

Abochornado e indolente, me dejé llevar. Ella habló con cierta premura y excitación de cosas indiferentes, y yo en mi interior le estaba agradecido por haber pasado por alto, aparentemente, mi impetuoso arrebato. Me dijo que al día siguiente, domingo, iba de excursión con el profesor W*** y su prometida a un lago cercano, que debería acompañarlos, dejar de lado los libros y distraerme. Todo mi malestar era fruto de un exceso de trabajo y de una sobreexcitación nerviosa; una vez en el agua o caminando, mi cuerpo recuperaría el equilibrio.

Le prometí que iría. Cualquier cosa menos soledad, encerrarme en mi habitación con aquellos pensamientos rondando en la oscuridad.

—Y esta tarde no se quede en casa. Salga a pasear, a correr, diviértase—insistió.

«Es curioso—pensé—cómo adivina mis sentimientos más íntimos, cómo ella, que es una extraña para mí, sabe lo que necesito o lo que me hace daño, mientras que él, tan sabio, me desconoce y me despedaza». También se lo prometí. Y mirándola con agradecimiento, descubrí un nuevo rostro: aquellos rasgos burlones e impertinentes, que solían darle un aire de muchacho insolente y descarado, se habían convertido en una mirada tierna y compasiva; nunca la había visto tan seria. «¿Por qué él nunca me mira con tanta bondad?—se preguntaba nostálgicamente en mí un sentimiento confuso—. ¿Por qué nunca se da cuenta de que me hace daño? ¿Por qué nunca

me ha puesto unas manos tan bondadosas, tan tiernas, en las mías o sobre la cabeza?». Besé agradecido las manos de la mujer, pero ella las retiró desconcertada, casi con violencia.

—No se atormente—insistió una vez más, y su voz era cálida.

Pero luego la dureza volvió a sus labios. Incorporándose bruscamente, dijo en voz baja:

—Créame, él no se lo merece.

Y estas palabras, susurradas de un modo apenas perceptible, volvieron a causar dolor a mi corazón ya casi del todo apaciguado...

Lo primero que hice aquella tarde y aquella noche parece tan ridículo e infantil que durante años me he avergonzado sólo de pensar en ello: incluso una censura interior me oscurecía enseguida cualquier recuerdo al respecto. Bueno, hoy ya no me avergüenzo de aquellas torpezas, al contrario: hoy comprendo muy bien a aquel joven impetuoso y de confusas pasiones que quería sortear a la fuerza la propia inseguridad de sus sentimientos.

Me veo como al final de un pasillo larguísimo, como a través de un telescopio: ese joven aturdido y desesperado que sube a su habitación y no sabe qué va hacer contra sí mismo. Y de repente se pone el abrigo, adopta otro modo de andar, desentierra del fondo de su ser gestos furiosamente decididos y sale a la calle. Sí, ése soy yo, me reconozco, conozco todos los pensamientos de ese pobre joven de entonces, necio y atormentado, lo sé: de pronto me puse firme, incluso delante del espejo, y me dije: «¡Me río de él! ¡Que el diablo se lo lleve! ¿Por qué me torturo a causa de ese viejo loco? Ella tiene razón: estar de buen humor, divertirse de una vez. ¡Adelante!».

Y realmente así salí entonces a la calle. Fue un arranque súbito para liberarme, y luego una carrera, una huida cobarde para no reconocer que aquella alegre firmeza no era en absoluto tan alegre y que el bloque de hielo, inmóvil, seguía pesando y oprimiéndome el corazón. Todavía recuerdo cómo caminé, con mi pesado bastón bien apretado en la mano y mirando a todos los estudiantes fijamente a los ojos; en mí latía un peligroso deseo de propiciar una disputa con alguien, de descargar contra el primero que encontrara la cólera que llevaba acumulada sin válvula de escape. Pero afortunadamente nadie se dignó prestarme atención. De modo que me dirigí al café donde solían reunirse mis compañeros del seminario, dispuesto a sentarme a su mesa aun sin estar invitado y a encontrar en la mínima pulla el amago de una provocación. Pero también aquí mi predisposición pendenciera no encontró sino el vacío: el hermoso día que hacía había seducido a la mayoría a salir de excursión y los dos o tres que allí quedaban me saludaron cortésmente sin ofrecer el más mínimo motivo a mi febril irritación. Enojado, pronto me levanté y fui a un local de los suburbios que no dejaba lugar a dudas sobre su fama, donde, en medio del chinchín ruidoso de una banda femenina, la escoria de vividores de la pequeña ciudad se apretujaba torpemente rodeada de humo y cerveza. Me aticé dos o tres vasos rápidamente, invité a mi mesa a una mujer de mala reputación y a su amiga, también cortesana como ella, flaca y pintarrajeada, y tuve el morboso placer de llamar la atención. Todo el mundo me conocía en aquella pequeña ciudad, todo el mundo sabía que era discípulo del profesor; ellas, por su parte, se hacían inconfundibles por la manera descarada de vestirse y de comportarse; y así disfruté del placer necio y engañoso de comprometerme a mí y también a él (como cometí la torpeza de pensar); que vean que me burlo de él, me decía, qué poco me importa; y delante de todo el mundo hacía la corte a aquella mujer pechugona de la manera más desvergonzada y falta de tacto. Era una borrachera de furiosa maldad que no tardó en convertirse en una borrachera real, pues bebíamos

de todo, mezclando vino, aguardiente y cerveza, y dábamos tantas sacudidas y tropezones a nuestro alrededor que las sillas caían al suelo y los vecinos se apartaban por precaución. Pero yo no me avergonzaba, al contrario; así aprenderá, bramaba enfurecido en mi loca cabeza, así verá cuán indiferente me resulta, ¡ah, no estoy triste, ni enojado, al contrario! «¡Vino, más vino!», gritaba golpeando la mesa con el puño, tanto que los vasos temblaban. Finalmente salí con las dos mujeres, una a cada brazo, cruzamos la calle principal, donde el paseo habitual de las nueve reunía a estudiantes y muchachas, a civiles y militares, para un callejeo plácido y tranquilo. Nosotros tres, trío tambaleante y cargado de alcohol, alborotábamos por la calzada haciendo tanto ruido que finalmente un policía se nos acercó enfadado y enérgicamente nos impuso silencio. Lo que ocurrió a continuación ya no soy capaz de contarlo con exactitud: un vapor azul de alcohol de mala calidad me nublaba la memoria, sólo sé que, asqueado de las dos maritornes borrachas y apenas dueño de mis sentidos, me deshice de ellas dándoles dinero, bebí café y coñac en algún sitio y delante de la universidad pronuncié una filípica contra los profesores para regocijo de los mozos que acudieron. Después, llevado por el oscuro instinto de ensuciarme aún más y de jugarle a *él* una mala pasada—¡idea absurda, inspirada por una cólera confusamente apasionada!—, me dirigí a una casa pública, pero no encontré el camino y volví a casa contrariado y dando tumbos. Abrir la puerta representó un esfuerzo para mi mano temblorosa, y apenas pude arrastrarme hasta el primer peldaño.

Pero luego, al llegar ante su puerta, toda mi grávida embriaguez desapareció de repente, como si mi cabeza se hubiera sumergido en agua helada. Sobrio de golpe, vi en mi rostro descompuesto la imagen de mi locura rabiosa e impotente. La vergüenza me hizo bajar la cabeza. Y sin hacer ruido, cabizbajo como un perro apaleado, para que nadie me oyera, me deslicé furtivamente en mi habitación.

Dormí como un tronco. Cuando me desperté, el sol inundaba ya el suelo y subía lentamente hasta el borde de la cama; me levanté de un salto. En mi cabeza dolorida resurgió poco a poco el recuerdo de la víspera, pero reprimí todo sentimiento de bochorno, no quería seguir avergonzado. Adrede intentaba convencerme de que la culpa de que me hubiera envilecido tanto era de él, sólo de él. Me tranquilicé diciéndome que lo de ayer había sido una simple diversión de estudiante, perfectamente lícita para alguien que durante semanas y más semanas no había conocido sino trabajo y más trabajo. Pero no me satisfacía del todo mi propia justificación y, acongojado y alicaído, bajé a ver a la mujer de mi maestro, recordando mi promesa de la víspera sobre la excursión.

Qué curioso: apenas toqué el picaporte de su puerta, *él* se me hizo presente de nuevo, pero también, junto con él, aquel dolor candente, irracional y desgarrador, aquella desesperación furiosa. Llamé suavemente, su mujer me recibió con una mirada de una extraña ternura.

—¿Qué tonterías hace, Roland?—dijo, pero con más compasión que reproche—. ¿Por qué se atormenta de este modo?

Yo estaba desconcertado: al parecer también ella se había enterado de mis desatinos. Pero enseguida puso fin a mi confusión.

—Pero hoy seremos sensatos. A las diez vendrá el profesor W*** con su prometida, luego cogeremos el tren, iremos a remar y nadar y olvidaremos por completo todas esas estupideces.

Todavía me atreví a preguntar inútilmente con voz temerosa si el maestro había regresado. Ella me miró sin responder, pues yo mismo sabía que era una pregunta ociosa.

A las diez en punto llegó el profesor, un joven físico que, bastante aislado de la sociedad académica por ser judío, en realidad era el único que nos frecuentaba a nosotros, los marginados. Lo acompañaba su prometida, o más probablemente su amante, una muchacha cuya sonrisa no abandonaba nunca sus labios, ingenua y un poco boba, pero por eso mismo la compañía ideal para una escapada improvisada de este tipo. Primero fuimos en tren, comiendo, charlando y riendo ininterrumpidamente, hasta llegar a orillas de un pequeño lago; las semanas de fatigoso trabajo me habían deshabituado hasta tal punto de todas las amenidades de la conversación que aquel rato bastó para embriagarme como un vino ligero y chispeante. Realmente mis compañeros consiguieron con su comportamiento infantil y petulante apartar mis pensamientos del panal sombrío y rebosante alrededor del cual solían revolotear zumbando como abejas, y apenas sentí de nuevo mis músculos al aire libre en una carrera casual con la joven, volví a ser el muchacho enérgico y despreocupado de antes.

En el lago alquilamos dos barcas de remos, la mujer del maestro llevó el timón de la mía, en la otra el profesor compartió los remos con su amiga. Apenas desatracamos, nos dieron ganas de competir, de tomar la delantera, y ahí yo estaba realmente en desventaja, pues, mientras que ellos remaban juntos, yo tenía que luchar solo contra ambos; pero me quité la chaqueta y, como era atleta experto en este deporte, avanzando a todo remo con golpes enérgicos, siempre conseguía ganar a la otra barca. De un lado y del otro caía sin cesar una lluvia de exclamaciones burlonas para animarnos los unos a los otros e, indiferentes al calor de julio, sin hacer caso del sudor que poco a poco iba empapándonos, nos entregamos como indomables galeotes al placer del deporte y al deseo furioso de derrotar al adversario. Al fin la meta estaba cerca, una pequeña lengua de tierra poblada de bosques; redoblamos nuestros esfuerzos y, para alegría de mi compañera, igualmente cautivada por la competición, nuestra quilla crujió la primera al tocar la arena. Eché pie a tierra, acalorado y chorreando, embriagado por el sol al que no estaba acostumbrado, por los latidos de la sangre excitada, por la alegría del éxito: mi corazón parecía querer salir del pecho, tenía la ropa pegada al cuerpo por el sudor. El profesor no había salido mejor parado y, en vez de felicitaciones, nosotros, los encarnizados paladines, sólo recibimos profusas e impertinentes risas de las mujeres a causa de nuestros resoplidos y de nuestro aspecto bastante lastimoso. Finalmente nos concedieron una pausa para refrescarnos; en medio de bromas y chanzas, improvisamos dos casetas de baño, una para los caballeros y otra para las damas, a derecha e izquierda de unos matorrales. Nos pusimos rápidamente los bañadores; tras los matorrales destellaban la ropa blanca y los brazos desnudos, y mientras los hombres ultimábamos los preparativos, las dos mujeres chapoteaban ya voluptuosamente en el agua. El profesor, menos cansado que yo, que lo había ganado remando solo contra dos, se zambulló enseguida tras ellas; en cambio yo, que había remado con demasiada energía y sentía el corazón palpar muy deprisa contra mi pecho, me tumbé primero cómodamente a la sombra, contemplando las nubes que recorrían plácidamente el cielo y saboreando con placer el dulce murmullo de la fatiga en mi sangre turbulenta.

Pero al cabo de pocos minutos me llegaron ya gritos atronadores desde el agua:

—¡Venga, Roland! ¡Concurso de natación! ¡Premio para los nadadores! ¡Premio para los buceadores!

No me moví; tenía la impresión de que podría permanecer mil años allí echado, quemándose suavemente la piel bajo el sol que se filtraba a través del follaje, y a la vez refrescado por el aire que me rozaba tenuemente. Pero de nuevo una risa vino volando hasta mí, y la voz del profesor

gritó:

—¡Éste está de huelga! ¡Lo hemos dejado bien baldado! ¡Vaya a buscar al holgazán!

Y, en efecto, oí un chapoteo que se acercaba y luego, muy próxima, la voz de ella:

—¡Roland, venga! ¡Concurso de natación! ¡Demos una lección a esos dos!

No respondí, me divertía que me buscaran.

—¿Dónde se ha metido?

La grava crujió, oí unos pies desnudos recorriendo la orilla, y de pronto ella estaba delante de mí, con el bañador mojado ciñéndole el delgado cuerpo de adolescente.

—¡Ah, aquí está! ¡Vaya, qué perezoso! Pero ahora levántese, gandul, los otros ya casi han llegado a la otra punta de la isla.

Yo estaba agradablemente tendido de espaldas y me estiré indolente:

—Se está mucho mejor aquí. Les seguiré más tarde.

—No quiere—trompeteó riendo, haciendo embudo con la mano, en dirección al agua.

—¡Al agua con el fanfarrón!—retumbó de lejos la respuesta del profesor.

—Vamos, venga—insistió ella, impaciente—. No me ponga en ridículo.

Pero yo me limité a bostezar perezosamente. Entonces ella, enfadada y divertida a la vez, fue a cortar una varita de los matorrales.

—¡En marcha!—gritó con energía, golpeándome con la varita en el brazo para estimularme. Me sobresalté: me había pegado demasiado fuerte, una pequeña raya roja como de sangre corría por mi brazo.

—Ahora todavía menos—dije, igualmente divertido y a la vez un poco enfadado.

Pero entonces, realmente furiosa, ordenó:

—¡Venga inmediatamente!

Y cuando para fastidiar no me moví, ella me golpeó de nuevo y esta vez más fuerte, me asestó un varazo agudo y punzante. Me levanté de un salto, rabioso, para quitarle la vara; ella retrocedió, pero yo la cogí del brazo. Sin querer, en esta lucha por la vara, nuestros cuerpos semidesnudos se acercaron. Y cuando le tenía agarrado el brazo, torciéndole la muñeca para obligarla a soltar la vara, y ella se dobló demasiado hacia atrás, se oyó un crujido: se había roto el tirante de su bañador; la parte izquierda se desprendió mostrando su pecho desnudo, y el pezón rígido y rosado apuntó hacia mí. Lo miré sin querer, sólo un segundo, pero me turbó: tembloroso y avergonzado, solté su mano. Ella se volvió, ruborizada, para arreglar provisionalmente el tirante roto con una horquilla. Yo estaba allí plantado sin saber qué decir. Ella también callaba. Y a partir de aquel momento se creó entre nosotros una inquietud sorda y sofocante.

—¡Hola...! ¡Hola!—gritaban ya las voces delante de la pequeña isla.

—Sí, ahora mismo voy—respondí enseguida, y salté al agua, contento de huir de un nuevo embrollo. Unas cuantas brazadas, el placer entusiástico de propulsarse uno mismo, la claridad y el frescor del elemento impalpable, y de pronto el peligroso cosquilleo y burbujeo de mi sangre fueron arrastrados por la ola de un placer más claro e intenso. Pronto atrapé a los otros dos, desafié al enclenque profesor a una serie de competiciones en las que siempre gané; después regresamos a nado a la lengua de tierra, donde las mujeres nos esperaban ya vestidas para acto seguido organizar un picnic al aire libre con las provisiones que habíamos traído en cestas. A pesar de la animación que reinaba entre los cuatro y de las bromas que intercambiábamos, sin

querer nosotros dos evitábamos dirigirnos la palabra: hablábamos y reíamos como si aquello no fuera con nosotros. Y cuando nuestras miradas se encontraban, se apresuraban a desviarse con el mismo sentimiento no expresado: la molesta impresión causada por aquel incidente todavía no se había desvanecido, y cada uno notaba con vergonzosa inquietud que el otro se acordaba.

Luego la tarde pasó deprisa, con una nueva competición de remo, pero el ardor de la pasión por el deporte fue cediendo poco a poco a una placentera fatiga: el vino, el calor y el sol que habíamos absorbido se filtraron más profundamente en la sangre y la hacían fluir más roja. El profesor y su amiga se permitían ya pequeñas intimidades que nosotros debíamos soportar con cierto malestar; cada vez iban acercándose más, mientras que nosotros guardábamos una distancia tanto más recelosa; pero nuestro emparejamiento se hacía más consciente por el hecho de que los otros dos, traviosos, preferían rezagarse en el camino del bosque, evidentemente para besarse sin ser molestados, y siempre que nos dejaban solos nos sentíamos demasiado cohibidos para hablar. Finalmente los cuatro nos alegramos de estar otra vez en el tren: ellos, anticipando una noche de amor; nosotros, escapándonos por fin de situaciones tan penosas.

El profesor y su amiga nos acompañaron hasta casa. Subimos solos la escalera; apenas entramos, sentí de nuevo la intimidante presencia del maestro, torturadora y confusamente deseada. «¡Ojalá haya vuelto!», pensé impaciente. Y como si ella hubiera leído en mis labios este mudo suspiro, dijo:

—Vamos a ver si ha regresado.

Entramos. El piso estaba en silencio. En el estudio todo revelaba su ausencia: inconscientemente mis sentimientos exacerbados dibujaron en la butaca vacía su figura trágica y abatida. Pero las hojas blancas permanecían intactas, esperando como yo. Y entonces volvió la amargura: ¿por qué había huido?, ¿por qué me dejaba solo? Cada vez más enconada, la cólera de los celos me subía a la garganta, de nuevo crecía sordamente en mí el deseo confuso e insensato de hacer algo perverso y odioso contra él.

La mujer me había seguido:

—Se queda a cenar, ¿verdad? Hoy no le conviene estar solo.

¿Cómo sabía ella que yo tenía miedo a la habitación vacía, a los crujidos de la escalera, al recuerdo que me obsesionaba? Lo adivinaba todo en mí, cualquier pensamiento inexpresado, cualquier deseo maligno.

Se apoderó de mí un miedo desconocido: miedo a mí mismo y al odio que se embravecía confusamente en mí. Quería rechazar la invitación, pero era un cobarde y no me atrevía a decir no.

Desde siempre he abominado el adulterio, pero no por una moral rancia, por mojigatería o por virtud, no tanto porque significa un robo en la oscuridad, la apropiación de un cuerpo que pertenece a otro, sino porque casi todas las mujeres en esos momentos traicionan lo más secreto de sus esposos: toda mujer es una Dalila que sustrae al hombre engañado el misterio más humano para arrojarlo a un extraño: el misterio de su fuerza o de su debilidad. Lo que me parece una traición no es que las mujeres se entreguen, sino que casi siempre, para justificarse, levanten el velo de la intimidad de sus maridos y que, como en un sueño, los expongan, sin que aquéllos nada sospechen, a la curiosidad de otro y a risas irónicamente satisfechas.

No es, pues, que, confundido por una desesperación y un furor ciego, encontrara refugio en los brazos de su mujer, al principio sólo compasivos, pero luego ya tiernos (y fatalmente el primer sentimiento pronto dio paso al otro); no es esto lo que todavía hoy considero la peor vileza de mi

vida (porque ocurrió sin querer, ambos caímos, sin pensarlo ni saberlo, en ese ardiente abismo), sino el hecho de haber dejado que me contara, en el calor de la almohada, confidencias sobre él, de haber permitido a esa mujer irritada traicionar lo más secreto de su matrimonio. ¿Por qué no la rechacé y toleré que me confiara que desde hacía años él la evitaba físicamente, y que ella se desahogaba en oscuras alusiones? ¿Por qué no le ordené en tono autoritario que no hablara de ese secreto, el más íntimo, de la sexualidad de mi maestro? Pero yo hervía tanto en deseos de conocer su secreto, estaba tan sediento de saberlo culpable ante mí, ante ella y ante todos, que acepté aturdido esta confesión airada del abandono al que él la relegaba... ¡y que se parecía tanto a mi propio sentimiento de rechazo! Y así ocurrió que, por un odio confuso y común, hicimos algo que adoptaba los gestos del amor; pero, mientras nuestros cuerpos se buscaban y se confundían, ambos no pensábamos sino en él, no hablábamos sino de él, siempre y sólo de él. A veces sus palabras me hacían daño, y me avergonzaba por consentir este enredo, a pesar del horror que me producía. Pero el cuerpo que tenía debajo de mí ya no obedecía a la voluntad, se revolvía desenfrenado en su propia voluptuosidad. Y, entre escalofríos, yo besaba los labios que traicionaban a la persona a la que yo más quería en el mundo.

A la mañana siguiente me deslicé arriba, a mi habitación, con un sabor amargo de hastío y vergüenza en la boca. En el momento en que el calor de su cuerpo dejó de turbar mis sentidos, tuve conciencia de la cruda realidad y de lo perverso de mi traición. Nunca jamás—enseguida lo supe—podría presentarme ante sus ojos, nunca jamás darle la mano: no era a él, sino a mí mismo, a quien yo había despojado de lo mejor que tenía.

Ahora sólo había una salvación: huir. En un estado febril, empaqueté todas mis cosas, reuní todos mis libros en un montón y pagué a la patrona. Él no debía encontrarme, también yo tenía que desaparecer, sin motivo y misteriosamente, tal como él había desaparecido para mí.

Pero, en medio de tanto ajetreo, de pronto mi mano se quedó inmóvil. Había oído el crujido de la escalera, unos pasos se apresuraban a subir: los pasos de él. Sin duda debí palidecer como un cadáver, pues apenas entró dijo sobresaltado:

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Estás enfermo?

Retrocedí. Lo esquivé cuando quiso acercármese con un gesto de ayuda.

—¿Qué te pasa?—preguntó asustado—. ¿Te ha ocurrido algo? ¿O... o... todavía estás enfadado conmigo?

Permanecí convulsivamente pegado a la ventana. No podía mirarlo. Su voz cálida y compasiva abrió en mí algo así como una herida: a punto de desmayarme, sentí que me inundaba una efusión de vergüenza, cálida, muy cálida, ardiente y abrasadora.

Pero también estaba asombrado, confuso. Y de repente (su voz se encogió, se hizo pequeña y vacilante) susurró una extraña pregunta:

—¿Alguien... alguien... te ha dicho algo de mí?

Sin volverme, hice un gesto de negación. Pero un pensamiento angustioso parecía dominarlo. Repitió con obstinación:

—Dime..., confíésalo..., ¿alguien te ha dicho algo de mí? No importa quién, no te lo pregunto.

Negué otra vez con la cabeza. Él estaba desconcertado. Pero de pronto advirtió que mis maletas estaban hechas, mis libros recogidos y su llegada había interrumpido mis últimos preparativos de viaje. Se acercó emocionado:

—Quieres irte, Roland, lo veo... Dime la verdad.

Entonces cobré ánimo:

—Tengo que irme... Perdóneme, pero... no puedo hablar de ello... Le escribiré.

Un nudo en la garganta me impidió decir nada más, mi corazón palpitaba en cada palabra.

Él estaba como petrificado. Después, bruscamente, le sobrevino de nuevo aquella expresión de lasitud.

—Quizás sea mejor así, Roland... Sí, seguro, es mejor así..., para ti y para todos. Pero antes de que te vayas, quisiera hablar contigo una vez más. Ven a las siete, a la hora acostumbrada... Entonces nos despediremos, de hombre a hombre... No hay que huir de uno mismo, y nada de cartas..., sería pueril e indigno de nosotros... Además, lo que tengo que decirte no se escribe... Bueno, vendrás, ¿verdad?

Me limité a asentir con la cabeza. Mi mirada no se atrevía aún a alejarse de la ventana. Pero ya no veía la claridad de la mañana: un velo espeso y oscuro se interponía entre el mundo y yo.

A las siete entré por última vez en el amado estudio: una oscuridad prematura se filtraba a través de las cortinas, en el fondo apenas brillaban los contornos de las figuras de mármol y los libros dormían todos, negros tras los cristales de reflejos nacarinos. Ah, refugio secreto de mis recuerdos, donde la palabra se había convertido en magia para mí y donde yo había saboreado la embriaguez y el éxtasis del espíritu como en ninguna otra parte, siempre te veo en esta hora del adiós y siempre veo aquella figura venerada, que ahora se despega lentamente, muy lentamente, del respaldo de la butaca y viene hacia mí como una sombra: sólo su frente brilla, redonda como una lámpara de alabastro en la oscuridad, y encima ondea un vapor flameante, la cabellera blanca del anciano. Ahora, levantada con esfuerzo, aparece una mano desde abajo, busca la mía; ahora reconozco sus ojos, vueltos hacia mí con gravedad, y ya siento que me coge suavemente del brazo y me conduce a una silla.

—Siéntate, Roland, y hablemos claro. Somos hombres y debemos ser sinceros. No quiero presionarte, pero ¿no sería mejor que en esta última hora hubiera también una total claridad entre nosotros? Dime, pues, por qué quieres irte. ¿Estás enfadado conmigo a causa de aquella ofensa absurda?

Negué con un gesto. ¡Era terrible la idea de que él, el engañado, el traicionado, encima quisiera cargar con la culpa!

—¿Te he infligido algún agravio, consciente o inconscientemente? A veces soy raro, lo sé. Y te he irritado y atormentado en contra de mi voluntad. No te he agradecido lo bastante todo el interés que me has demostrado. También lo sé, lo sé. Siempre lo he sabido, incluso en los momentos en los que te hacía daño. ¿Es ésta la razón? Dímelo, Roland, porque quisiera que nos despidiéramos lealmente.

De nuevo agité la cabeza: no podía hablar. Hasta entonces su voz había sido firme: ahora empezó a embrollarse ligeramente.

—O bien..., te lo pregunto otra vez... ¿Alguien te ha contado algo de mí..., algo que tú encuentres vil..., repulsivo..., algo que te... que te haga despreciarme?

—¡No! ¡No...! ¡No!

La protesta salió de mí como un sollozo: ¡despreciarlo! ¡Yo a él!

Su voz se volvió impaciente:

—Vamos, ¿qué es...? ¿Qué otra cosa puede ser, si no...? ¿Estás cansado del trabajo...? ¿O es

otra cosa la que te impulsa a marchar...? ¿Una mujer...? ¿Es una mujer?

Yo callé. Y este silencio fue sin duda de tal índole que él lo interpretó como una respuesta afirmativa. Se inclinó más hacia mí y susurró muy bajo, sin irritación, sin emoción ni cólera:

—¿Es una mujer...? ¿*Mi* mujer?

Yo seguí callado. Y él comprendió. Un temblor me recorrió el cuerpo: ahora, ahora, ahora explotaría, me acometería, golpearía, castigaría... y... y yo casi deseaba que me azotara, a mí, el ladrón, el traidor, que me echara a patadas como a un perro sarnoso de su casa deshonrada. Pero, cosa extraña..., permaneció completamente callado... y casi había un tono de alivio en su voz cuando murmuró para sí mismo, pensativo: «En realidad, debí de habérmelo imaginado». Recorrió dos veces la estancia. Después se detuvo delante de mí y dijo, casi me pareció que con desprecio:

—¿Y es eso..., es eso lo que te tomas tan a pecho? ¿No te ha dicho ella que es libre de hacer y tomar lo que le plazca, que yo no tengo ningún derecho sobre ella? Ningún derecho a prohibirle nada, ni el más mínimo deseo de hacerlo... ¿Y por qué ella debería dominarse, por amor a quién y precisamente contigo...? Eres joven, inteligente y apuesto..., has intimado con nosotros..., ¿cómo no habría de amarte ella...? Eres joven y apuesto, ¿cómo no habría de amarte...? Yo...

De repente, su voz empezó a temblar y se inclinó tanto hacia mí que sentí su aliento. De nuevo noté el cálido abrazo de su mirada, de nuevo esa extraña luz como... como en aquellos raros y singulares segundos que surgían entre él y yo. Cada vez se iba acercando más.

Y después susurró en voz muy baja, apenas sin mover los labios:

—Yo... yo también te amo.

¿Me había sobresaltado? ¿Había retrocedido involuntariamente, asustado? En cualquier caso, algún gesto de sorpresa o de huida debió de escapárseme, pues él se apartó tambaleándose como alguien que ha sido repelido. Una sombra oscurecía su rostro.

—¿Me desprecias ahora?—preguntó en un murmullo—. ¿Te repugno ahora?

¿Por qué no encontré entonces las palabras? ¿Por qué permanecí sentado mudo, insensible, aturdido, en vez de acercarme a aquel hombre lleno de amor y quitarle de la cabeza esa quimera? Pero todos los recuerdos acudieron atropelladamente a mi memoria; como si de golpe se hubiera descifrado el lenguaje de todos aquellos mensajes incomprensibles, entonces lo comprendí todo con una claridad aterradora: la ternura con la que acudía a mí y su brusca actitud defensiva; comprendí conmovido su visita nocturna y su obstinada huida ante mi apasionado entusiasmo. El amor, siempre lo había sentido en él, hombre tierno y tímido, ora desbordante, ora contenido por una fuerza poderosa; yo había amado y saboreado ese amor en cada rayo de luz fugaz que caía sobre mí, sin embargo, cuando la palabra amor salió de aquella boca barbuda, con un acento de sensual ternura, retumbó en mis sienes un escalofrío a la vez dulce y espantoso. Y a pesar de la humildad y la compasión en que me abrazaba por él, yo, joven confuso, tembloroso y sorprendido, no encontré palabras para la insospechada pasión que se me relevaba.

Estaba sentado, abatido, con la mirada fija en mi silencio.

—Tan terrible es pues para ti, tan terrible—murmuró—, tampoco tú..., tampoco tú me perdonas, tampoco tú, frente a quien he apretado los labios hasta casi asfixiarme..., frente a quien me he escondido como no lo había hecho ante nadie... Pero mejor que lo sepas ahora que eso ya no me oprime..., pues ya era demasiado para mí..., oh, más que demasiado... Mejor..., mejor

poner fin a tanto silencio y disimulo...

¡Con qué tristeza, ternura y pudor dijo todo aquello! Su voz temblorosa penetró en lo más profundo de mi ser. Me abochornaba permanecer callado, tan frío, tan insensible y gélido delante de aquel hombre del que había recibido más que de cualquier otra persona y que se humillaba en mi presencia de una manera tan insensata. Mi alma ardía en deseos de decirle una palabra de consuelo, pero mis labios, trémulos, no me obedecían. Y así de abochornado, así de miserablemente pequeño, me acurruqué en la silla, la cabeza gacha, de modo que él, casi sin querer, dijo para animarme:

—No te quedes así sentado, Roland, tan espantosamente callado... Serénate... ¿De verdad es tan terrible para ti? ¿Tanto te avergüenzas de mí...? Ahora ya ha pasado, te lo he dicho todo... Despidámonos al menos como es debido, como corresponde a dos hombres, a dos amigos.

Pero yo todavía no había recuperado el dominio de mí mismo. Él me tocó el brazo:

—Ven, Roland, siéntate a mi lado... Me siento aliviado desde que lo sabes, desde que se ha hecho la claridad entre nosotros... Primero tuve miedo de que adivinaras hasta qué punto me eres querido..., después tuve la esperanza de que tú mismo te darías cuenta, simplemente para ahorrarme esta confesión... Pero ahora ya está hecho, ahora soy libre..., ahora puedo hablarte como nunca he hablado a nadie, pues para mí has sido la persona más querida en todos estos años..., te he amado como a nadie... Como nadie, hijo mío, has despertado lo más profundo de mi ser... Así, a modo de despedida, quiero que sepas de mí más que cualquier otra persona, no en vano he sentido claramente, a lo largo de tantas horas, tus preguntas mudas... Sólo tú conocerás toda mi vida. ¿Quieres que te la cuente?

En mis miradas, confusas y emocionadas, vio él mi asentimiento.

—Vamos..., ven a mi lado... No puedo decir estas cosas en voz alta.

Me incliné, debo decir que con devoción. Pero apenas me senté frente a él, esperando, escuchando, él se levantó de nuevo.

—No, así no... Mejor que no me mires..., si no... no podré hablar.

Y con un gesto rápido apagó la luz.

La oscuridad cayó sobre nosotros. Sentía que él estaba cerca, sentía su aliento, que, pesado, como un resuello, se perdía en algún lugar invisible. Y de pronto una voz se elevó entre nosotros y me contó toda su vida.

Desde aquella noche en la que el hombre que yo más veneraba me abrió su destino como se abre una dura concha, desde aquella noche de hace cuarenta años, me parece infantil e insignificante todo lo que nuestros narradores y poetas cuentan en los libros como extraordinario y todo lo que en los teatros se disfraza de tragedia. ¿Es por comodidad, por cobardía o estrechez de miras el que se limiten a dibujar la zona superior y luminosa de la vida, donde los sentidos juegan abierta y legalmente, mientras abajo, en los sótanos, en las cavernas y en las cloacas del corazón pululan, lanzando destellos fosforescentes, las verdaderas y peligrosas bestias de la pasión, se aparean y se devoran a escondidas, bajo todas las formas de mezcolanza más fantásticas? ¿Los asusta el aliento ardiente y corrosivo de los instintos demoníacos, el vapor de la sangre hirviendo? ¿Tienen miedo a ensuciar sus manos demasiado delicadas en las úlceras de la humanidad, o su mirada, acostumbrada a claridades más sólidas, no encuentra el camino para bajar los peldaños resbaladizos y peligrosos, chorreantes de putrefacción? Y, sin embargo, para el sabio no hay placer igual al que se encuentra entre las sombras, ni escalofrío tan fuerte y elemental como el peligro helado, ni sufrimiento más sagrado que el que por pudor no se atreve a

manifestarse.

Pero aquí un hombre se reveló ante mí en toda su desnudez, aquí un hombre se rasgó el pecho, ávido de descubrirme su corazón roto a golpes, envenenado, consumido y supurante. Una voluptuosidad indómita se martirizaba, se flagelaba voluntariamente en aquella confesión contenida durante años y años. Sólo quien durante toda una vida había sentido vergüenza, había bajado la cabeza y se había escondido podía, bajo los efectos de una embriaguez tan abrumadora, descender hasta el rigor de tal confesión. Pedazo a pedazo, un hombre arrancó la vida de su pecho, y en aquella hora, yo, un muchacho, penetré azorado, por primera vez, en las inimaginables profundidades del sentimiento humano.

Al principio, su voz se meció incorpórea en la estancia, como el humo turbio de la emoción, como la alusión incierta de acontecimientos secretos, y, sin embargo, precisamente en este penoso esfuerzo por dominar la pasión se presentía la violencia con que iba a desencadenarse, del mismo modo que en ciertos compases retardados a la fuerza y que preceden a un ritmo galopante se presiente ya el *furioso* en los nervios. Pero luego las imágenes empezaron a llamear, temblorosas, avivadas por la tempestad interior de la pasión, y poco a poco se tornaron más claras. Primero vi a un muchacho, tímido y replegado en sí mismo, que no osaba dirigir una sola palabra a sus compañeros, pero al que un confuso e imperioso deseo físico atraía hacia los más bellos de la escuela. Pero he aquí que, después de un acercamiento demasiado tierno, uno de ellos lo rechazó con airada repulsión; otro se burló de él espetándole un epíteto de tremenda claridad, y peor todavía: ambos expusieron a escarnio público ese aberrante deseo. E inmediatamente un tribunal unánime de burla y humillación excluyó de la alegre camaradería al confundido muchacho como a un leproso. El camino a la escuela se convirtió en un calvario cotidiano y él, prematuramente estigmatizado, veía sus noches atormentadas por el asco de sí mismo: el marginado sufre como un desvarío y un vicio deshonoroso su pasión aberrante que, sin embargo, antes sólo se había hecho presente en sueños.

La voz que narra vacila insegura: por un momento es como si quisiera apagarse en la oscuridad. Pero un suspiro la eleva de nuevo, y del espeso humo salen ahora nuevas imágenes flameantes que se alinean como sombras y fantasmas. El muchacho ya es estudiante en Berlín, por primera vez los bajos fondos de la ciudad le ofrecen la posibilidad de satisfacer su inclinación largo tiempo reprimida. Pero ¡cuán repletos de asco, cuán envenenados de miedo, están esos encuentros, concertados a fuerza de guiños, en las oscuras esquinas, a la sombra de estaciones y de puentes! ¡Cuán pobres en su placer convulso y cuán estremecedores por los peligros que corren, que en su mayoría terminan miserablemente en chantajes y cada uno deja tras de sí un rastro de miedo helado, como la baba de un caracol, durante semanas! Caminos infernales entre luz y sombras: mientras que, durante los claros días laborables, el elemento cristalino del espíritu purifica al estudioso, la noche sumerge de nuevo al joven apasionado en la escoria de los suburbios, en el trato de compañías turbias que huyen ante el casco en punta del primer policía, en tabernas irrespirables cuya desconfiada puerta sólo se abre ante ciertas sonrisas. Y la voluntad tiene que templarse como el acero para ocultar prudentemente estas dos caras de la vida cotidiana, para ocultar a miradas ajenas ese secreto de Medusa, conservando de día irreprochablemente la actitud grave y digna de un profesor para luego, de noche, recorrer de incógnito el mundo subterráneo de las aventuras vergonzosas a la sombra de farolas vacilantes. Incesantemente atormentado, se esfuerza en devolver al redil, con el látigo del autocontrol, la pasión descarriada del camino recto; una y otra vez el instinto lo arrastra hacia el tenebroso peligro. Diez, doce,

quince años de lucha extenuante contra la fuerza magnética e invisible de una inclinación incurable se extienden en una única convulsión. Goce sin placer, vergüenza asfixiante, y poco a poco esa mirada oscurecida, tímidamente oculta en sí misma, del miedo a la propia pasión.

Finalmente, ya tarde, pasada la treintena, una tentativa titánica para devolver el carro al camino recto. En casa de un familiar conoce a su futura mujer, una muchacha que, oscuramente atraída hacia él por el cariz misterioso de su ser, le profesa un afecto sincero. Y por primera vez el cuerpo adolescente y el comportamiento amuchachado y petulante de la joven pueden engañar por un tiempo su pasión. Una relación fugaz triunfa sobre su aversión al sexo femenino, por primera vez él la ha vencido, y en la esperanza de dominar su extravío gracias a esta relación «normal», impaciente por encadenarse a lo que por primera vez le ha proporcionado un asidero contra esa atracción interior hacia el peligro, sin pensárselo se casa con la joven después de habérselo confesado todo. Ahora está convencido de que el camino de vuelta a las zonas del horror está cerrado. Durante unas pocas semanas vive sin preocupaciones, pero el nuevo aliciente no tarda en resultar ineficaz y el deseo primitivo recupera obstinado su supremacía. Y en adelante la mujer a la vez decepcionada y decepcionante ya no sirve sino de pantalla para ocultar a los ojos de la sociedad su reincidente inclinación. De nuevo el camino roza temerariamente las fronteras de la ley y de la sociedad para descender a las tinieblas del peligro.

Y un tormento particular que se añade a su confusión interior: se le asigna un cargo en el que esta debilidad se vuelve una maldición. El trato continuo con los jóvenes se convierte en un deber oficial para el encargado de curso y pronto profesor titular, la tentación pone constantemente a su alcance un nuevo ramillete de juventud, efebos de un *gymnasion* invisible en medio de un mundo gobernado por las leyes prusianas. Y todos (¡nueva maldición!, ¡nuevo peligro!) lo aman apasionadamente, sin reconocer el rostro de Eros tras la máscara del maestro; son felices cuando su mano (que tiembla secretamente) los roza en un gesto jovial, prodigan su entusiasmo a alguien que constantemente debe contenerse frente a ellos. ¡Suplicio de Tántalo: mostrarse duro frente a los embates de las propias inclinaciones, incesantemente, en un combate interminable contra la propia debilidad! Y cada vez que se sentía a punto de sucumbir a la tentación, de repente emprendía la fuga. Eran aquellas escapadas, cuyas súbitas idas y venidas tanto me habían perturbado entonces: ahora comprendía la causa de esa terrible huida de sí mismo, esa huida al horror de los caminos tortuosos y de los abismos. En estos casos iba siempre a una gran ciudad, donde, en lugares apartados, encontraba cómplices, individuos de baja condición cuyo contacto ensuciaba, una juventud prostituida en lugar de la que se entregaba santamente a él, pero este hastío, esta ciénaga, esta contrariedad, este mordiente ponzoñoso de la desilusión le eran necesarios para que después, ya en casa y en el círculo confiado de los estudiantes, pudiera estar de nuevo seguro de sus sentidos. ¡Ah, qué encuentros, qué figuras fantasmales y sin embargo fétidamente terrestres evoca ante mí su confesión! Pues este hombre perteneciente a la alta intelectualidad, para el que la belleza de las formas era una necesidad innata y vital, este intachable conocedor de todos los sentimientos, tenía que sufrir los últimos ultrajes de la tierra en aquellas guaridas llenas de humo, de aire enrarecido, abiertas sólo a los iniciados: él conocía las insolentes exigencias de los jóvenes maquillados que frecuentaban los paseos, la dulzona familiaridad de los aprendices de peluquero demasiado perfumados, las risas nerviosas y ahogadas de los travestís en sus ropas de mujer, la furiosa codicia de los actores sin trabajo, la burda ternura de los marineros mascadores de tabaco: todas esas formas torcidas, intimidadas, invertidas y fantásticas en las que el sexo extraviado se busca y se reconoce en los márgenes más

bajos de las ciudades. Por estos caminos resbaladizos había experimentado todas las humillaciones, todos los oprobios y todas las violencias: más de una vez fue víctima de un atraco (demasiado débil, demasiado noble para pelearse con un mozo de establo) y había regresado a casa sin reloj, sin abrigo, y encima escarnecido por el camarada ebrio del miserable hotel de suburbio. Algunos chantajistas le habían pisado los talones, uno de ellos lo había perseguido durante meses hasta la universidad, se había sentado impertinente en el primer banco de sus estudiantes y con una sonrisa maligna levantaba la vista hacia el profesor conocido en toda la ciudad, quien, temblando bajo sus guiños de complicidad, sólo a duras penas conseguía terminar la clase. En una ocasión (mi corazón dejó de latir cuando me lo confesó) había sido detenido a medianoche por la policía en Berlín, junto con toda una pandilla, en un bar de mala reputación; haciendo gala de esa sonrisa irónica de subalterno con la que por una vez puede darse importancia frente a un intelectual, un agente gordo y rubicundo anotó el nombre y la condición social del tembloroso profesor, indicándole finalmente en tono indulgente que por aquella vez quedaba libre y sin castigo, pero que en adelante su nombre quedaría registrado en una lista determinada. Y así como la ropa de una persona que ha permanecido mucho tiempo en estancias que apestan a alcohol de mala calidad acaba impregnada de su olor, también aquí, en su propia ciudad, poco a poco empezaron a correr rumores sobre él, salidos de no se sabe muy bien dónde, pues al igual que en otro tiempo entre sus compañeros de clase, también ahora entre sus colegas de la universidad las conversaciones y los saludos se volvieron ostensiblemente cada vez más fríos, hasta que aquí también una jaula de cristal transparente terminó por separar de todo el mundo a ese hombre extraño y siempre solitario. E incluso en el retiro de su casa cerrada bajo siete llaves él se sentía espiado y descubierto.

A este corazón torturado y afligido nunca le fue dada la gracia de la amistad pura y generosa, nunca fue correspondido con la ternura y la dignidad de una amistad viril: siempre tuvo que repartir sus sentimientos entre arriba y abajo, en el trato marcado por un dulce anhelo con los jóvenes colegas intelectuales de la universidad y en el de los compañeros reclutados en la oscuridad, de los que a la mañana siguiente sólo se acordaba con un estremecimiento. A este hombre ya envejecido nunca se le había dado la experiencia de un afecto puro, el de un adolescente de alma sensible, y, fatigado por los desengaños, con los nervios destrozados por esa cacería entre espinas, pensaba ya con resignación que estaba sepultado en vida, cuando un joven entró apasionadamente en su existencia, ofreciéndose con abnegada alegría, en sus palabras y en todo su ser, al anciano profesor, dirigiendo todo su ardor al hombre vencido que, desprevenido, estaba asustado de este milagro que no esperaba: ya no se sentía digno de un don tan puro, ofrecido de una manera tan espontánea. Una vez más había llegado un mensajero de juventud, una figura de belleza y de alma apasionada, ardiendo para él en un fuego intelectual, tiernamente atada a él por los lazos de la simpatía, sedienta de su afecto y sin sensación de peligro. Con la antorcha de Eros en su alma cándida, audaz y confiado como Parsifal, como el Loco, se inclinó sobre la herida emponzoñada, ignorante del embrujo y sin saber que su llegada traía ya consigo la curación: él, el tanto tiempo esperado, toda una vida, demasiado tarde, en la última hora del anochecer, entró en su casa.

Y con la descripción de esta figura también la voz surgió de la oscuridad. Una luz clara parecía purificarla, una ternura profunda la mecía con su música, mientras aquella boca elocuente hablaba del joven, el amor tardío. Yo temblaba de emoción y de felicidad compartida, pero de repente mi corazón sintió un golpe como un martillazo. Pues ese joven ardiente del que hablaba el

maestro era... era... (el pudor tiñó mis mejillas)... era yo: me vi a mí mismo aparecer como en un espejo en llamas, envuelto en un brillo tal de amor jamás sospechado que su reflejo bastó para abrasarme. Sí, era yo, cada vez me reconocía mejor, mi modo de ser acuciante y entusiasta, el deseo fanático de estar cerca de él, el éxtasis exigente al que no bastaba el intelecto; yo, el joven alocado e indómito que, ignorante de su poder, había despertado de nuevo en aquel hombre retraído la semilla fecunda de la creación, de nuevo había encendido en su alma la antorcha de Eros que el cansancio había apagado. Asombrado descubrí entonces lo que significaba para él, yo el tímido cuyo entusiasmo porfiado él amaba como la más sagrada sorpresa de su edad madura, y entre escalofríos descubrí también la lucha sobrehumana que su voluntad tuvo que sostener por mi causa: pues precisamente de mí, a quien amaba con un amor puro, él no quería recibir desdén ni repulsión, ni el estremecimiento de la carne ofendida, no quería entregar a sus sentidos, en un juego lascivo, esta última merced de un destino adverso. Por eso oponía a mi obstinación una resistencia tan enconada y ahuyentaba mis impetuosos sentimientos con un brusco chorro de glacial ironía, confería a sus blandas expansiones amistosas una dureza convencional y refrenaba la cautivadora ternura de su mano. Era sólo por mi causa por lo que se obligaba a toda clase de asperezas para enfriar mi entusiasmo y protegerse, cosa que había conturbado mi alma durante semanas. Ahora comprendía con horrible claridad la cruel confusión de aquella noche cuando él, sonámbulo de sus todopoderosos sentidos, había subido los crujientes peldaños para salvarse a sí mismo y salvar nuestra amistad con una palabra ofensiva. Y temblando, emocionado, agitado como en un arrebató de fiebre, derritiéndome en compasión, comprendí hasta qué punto había sufrido por mi causa, con qué heroicidad se había dominado.

Aquella voz en la oscuridad, ¡ah, aquella voz en la oscuridad, cómo la sentí penetrar hasta lo más profundo de mis entrañas! Había un tono en ella como nunca había percibido antes ni después, un tono salido de profundidades que el destino medio no puede alcanzar. Sólo una vez en la vida un ser humano podía hablar de esta manera a otro ser humano para después callarse para siempre, como se dice en la leyenda del cisne que sólo cuando va a morir puede, una única vez, alzar su voz ronca en un canto. Y yo acogí en mí esa voz que se elevaba cálida, penetrante e inflamada, estremeciéndome dolorosamente, como una mujer recibe a un hombre en su ser...

Y de repente la voz enmudeció y ya no hubo sino oscuridad entre nosotros. Sabía que él estaba cerca de mí. Sólo necesitaba levantar la mano y extenderla para tocarlo. Y sentí un fuerte impulso de consolarlo en su sufrimiento.

Pero entonces él hizo un movimiento. Bruscamente se hizo la luz. Una figura cansada, envejecida, atormentada, se levantó penosamente del sillón, y un anciano consumido vino hacia mí a pasos lentos:

—Adiós, Roland... Ahora ni una palabra más entre nosotros. Estuvo bien que vinieras..., y es bueno para ambos que te vayas... Adiós... y déjame que te dé un beso de despedida.

Como arrancado por una fuerza mágica, fui tambaleándome a su encuentro. Aquella luz difusa, por lo general refrenada por un humo turbio, ardió ahora en sus ojos: una llama abrasadora se alzó de súbito en ellos. Me atrajo hacia sí, sus labios se apretaron ávida y nerviosamente contra los míos, y en una convulsión espasmódica estrechó mi cuerpo contra el suyo.

Fue un beso como nunca lo había recibido de una mujer, un beso fogoso y desesperado como un grito de muerte. Me transmitió su temblor convulsivo. Yo me estremecí, presa de una doble sensación, a la vez extraña y terrible: me abandoné a él con toda mi alma, pero estaba hondamente

asustado por la repulsión que sentía mi cuerpo al encontrarse en contacto con un hombre..., inquietante confusión de sentimientos que prolongó aquel segundo, impuesto sobre mí sin haberlo querido, en una eternidad aturdidora.

Después me soltó—fue una sacudida, como cuando un cuerpo se desgarrá violentamente—, se dio la vuelta a duras penas y se dejó caer en el sillón de espaldas a mí: durante unos minutos permaneció erguido e inmóvil, con sólo el vacío ante él. Pero poco a poco la cabeza se le volvió demasiado pesada, le colgaba ligeramente débil y cansada, hasta que, como un gran peso que durante mucho tiempo oscila en una posición inestable para caer de golpe al suelo, su frente inclinada se desplomó pesadamente sobre el escritorio con un golpe sordo y seco.

Una compasión infinita se apoderó de mí. Sin querer, me acerqué. Pero entonces su espalda hundida de repente se irguió de nuevo convulsivamente, y volviéndose hacia mí, con una voz ronca y sorda, gimió con tono amenazador a través del embudo que formaban sus crispadas manos ante su boca:

—¡Vete...! ¡Vete...! ¡No...! ¡No te acerques...! ¡Por el amor de Dios...! ¡Por nosotros mismos..., vete ahora..., vete!

Lo comprendí. Y retrocedí estremecido: como un fugitivo abandoné la amada estancia.

Nunca he vuelto a verlo. Nunca he recibido una carta o un mensaje de él. Su libro no ha sido publicado, su nombre ha caído en el olvido; nadie lo recuerda salvo yo. Pero todavía hoy, como el muchacho inseguro de entonces, sé que a nadie debo más: ni a mi padre y mi madre antes de él, ni a mi esposa e hijos después de él. A nadie he amado tanto.